

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES. . . . 4 RS.
 POR TRES MESES. . . 10
 POR UN AÑO. . . . 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES. . . 12 RS.
 POR SEIS MESES. . . 24
 POR UN AÑO. . . . 50

LA BIBLIA.

ESTUDIO FILOSÓFICO (1).

Hay una palabra mágica que la repiten todas las lenguas, que aprende el niño y la conserva el viejo, porque nunca se borra, porque está incrustada en el pensamiento del ser que nace y vive; está escrita en la primera página del libro de la vida del cristiano, que se llama *bautismo* y se cierra con la última página, que se llama *confesion*; hay una voz que llama y todas las puertas se le abren, que habla y siempre se le escucha, que aturde sin gritar, que confunde sin imprecaciones; voz cuyo eco llega hasta el tímido que vacila ante el crimen, que arranca del lodo al cínico, que con su dulce inflexion arrastra hácia la virtud á los que nacieron bien inclinados. Esta palabra, esta voz omnipotente se llama RELIGION: ella es la base constituyente de una sociedad, ella hermana las pasiones, ella forma los hilos de una red al parecer sutil, pero que sin embargo sostiene al fuerte como al débil, al grande como al pequeño; ella nivela á los hombres, y lo mismo cobija con sus alas al palacio del magnate que á la choza del mendigo; su consuelo es como el rocío de la noche que benéfica empapa al campo estéril y al jardín florido; su furia alcanza tambien á todos, porque lo mismo descarga la nube de granizo sobre el tierno rosal que sobre el árbol duro: ambos sienten los efectos, porque ambos tienen una sensibilidad que solo Dios, el Dios de nuestra religion sabe obrar directamente sobre ella. Si la religion pudiera ser un sistema para la base social, idea que no cabe en nuestra mente porque la religion es la verdad que forma y no la necesidad formada, nosotros aun así confesaríamos su importancia, importancia reconocida despues de tantos siglos, despues de tantas y tantas generaciones que en sus sueños delirantes, en sus trastornos gigantescos no han podido menos de respetar lo que estaba intimamente ligado con su felicidad. ¿Qué es la religion? ¿Cuál es su importancia? ¿Quiénes somos nosotros? ¿Qué es el mundo? ¿Cómo acreditar la verdad?—Todas estas preguntas se responden fácilmente. Hay un libro, grande comparado con la pequeñez de nuestros otros libros, pequeño comparado con la inmensidad de su idea, libro escrito para todo el mundo, que no encuentra ambiciones, que no ha despertado envidias, que nada ha robado, que está engalanado con los vuelos privilegiados de la imaginacion, y que el mundo entero lo lee: libro que está traducido á todos los idiomas y que está impreso en la mente de todos los hombres.—Fácil es comprender que este libro se llama la BIBLIA.—La Biblia responderá por nosotros.

Preguntad al poeta, al pintor, al escultor, al artista en fin, si conoce la Biblia, y la sacará en seguida de su estante para mostrarla con orgullo, con cariño; ella es la fuente de sus inspiraciones, el manantial fecundo de sus ideas, y las obras mas conocidas son producto de sus páginas, son cuadros de sus inagotables recuerdos, son la verdad, la poesia, arrancadas de sus hojas y engalanadas por la pluma, el pincel ó el buril. Milton le debe su *Paraiso perdido*, Dante su *Divina Comedia*, Racine su *Athalie*, Klopstock su *Mesiada*, Bossuet sus *Oraciones fúnebres*, Manzoni sus *Himnos sagrados*, Rafael, Murillo y Miguel Angel sus inapreciables lienzos, y Benvenuto Cellini sus figuras, glorias del arte. La Biblia es un delicioso panorama escrito, donde siem-

pre encuentra la imaginacion una variedad incansable, donde brilla un sabor poético que encanta, un sabor que revela el gusto hebraico, tan reconocido en primera línea por los brillantes vuelos con que solo la fantasia sabe revestir sus cantos.

En la Biblia no hay una página que no facilite materia para escribir un libro; nada sobra, porque es la historia y no mas que la historia de nuestro pasado, desnuda de pasiones, porque no es la obra de un hombre, deleitosa porque enseña á conocernos, interesante porque está escrita para todos. ¿Quién no le debe algo á la Biblia?

Nuestros libros de hoy y nuestros libros de ayer,

La Biblia es una estrella del horizonte literario, que nunca se apagará, porque cuando, si fuera posible, nuestras ideas religiosas hubieran muerto, robándole así su autoridad, viviria siempre el libro, porque es una poesia que encuentra eco en toda clase de organizacion: es la poesia al alcance de todos; la poesia del corazon, engalanada en las virtudes, deslumbradora, aunque negra, en los vicios.

Nosotros, opinando con César Cantú, creemos que la imperfeccion es el carácter distintivo de las obras del hombre, y que no hay filósofo alguno, por ilustre que haya sido, sobre cuya tumba no se haya sentado la posteridad para revelar sus errores, su ignorancia y sus contradicciones. No sucede así con la Biblia, y sin embargo toca las cuestiones mas elevadas, las mas capitales, todos los enigmas de la ciencia, todos los misterios del hombre moral y fisico, del tiempo y de la eternidad. Forma un todo único, desenvuelve en grande el mismo pensamiento, el mismo tema, el hombre y el pueblo de Dios, ya teniendo especialmente en vista la redencion de la humanidad, ya aquella nacion escogida para conservar la palabra de vida, hacer aplicacion de ella y propagarla. Bien lejos de descubrir allí esa confusion de elementos, que señala entre otras literaturas primeramente una lucha y luego una transaccion entre las castas, las creencias, los diferentes grados de civilizacion, se encuentra en la Biblia constantemente un solo Dios, un solo culto, una raza única, una manera igual de ver las cosas; en lo pasado no un pasto á la curiosidad, si no todo lo que existe, la nacion, la unidad; pero en el porvenir el cumplimiento de sublimes promesas. Así, al considerar que en vano se buscaria en estos libros, que se escribieron por tantos autores, distantes unos de otros en tiempos, lugares y condiciones, dos ideas inconexas, dos hechos contrarios, forzoso es reconocer en ellos una derivacion común y un inspirador mismo. Cantú dice bien; la Biblia es el libro de todos los siglos, de todos los pueblos, de todas las gerarquias; posee consuelos para todos los dolores, [verdades para cada uno de los tiempos, consejos para cada uno de los estados. —¿Qué libro puede compararse con la Biblia?—Ninguno.

La Biblia es el primer libro del mundo. La niñez lo hojea, la juventud lo lee, la vejez lo devora, porque al niño le entretiene, al jóven le instruye, y al viejo le deleita. La Biblia es un libro para todas las edades; es en fin el libro de los libros; no hay un escritor que no la salute como la obra perfecta donde nada falta y donde nada sobra.

TEODORO GUERRERO.



El di. uvio, copia del cuadro de Mathieu.

porque las pasiones nunca se han separado de la tinta donde moja el autor su pluma, son libros del momento, que despiertan el entusiasmo, porque hacen el efecto de una música ruidosa que aturde y se aplaude sin que la ciencia la analice; pero despues se va perdiendo el eco y nada queda de ellos; no así la Biblia; no tiene época, porque es el libro de siempre, porque su pasado es como su presente, su presente como su porvenir: es el primer libro que á su autoridad ha reunido el mérito real, y va ganando con el tiempo; ¡con el tiempo que es para casi todos los libros el polvo del olvido que los cubre en las bibliotecas, cuando consiguen conquistar un puesto en ellas! La Biblia no se ha escrito con una intencion determinada, por un espíritu de partido, para herir los ánimos; la Biblia se ha escrito por sí sola, porque la Biblia es la tradicion. Cada personaje es una historia que puede atraer la atencion mas que nuestros mezquinos libros, escritos sin intencion, ó con intencion dañina; en la Biblia, los vicios aparecen desnudos porque desnudos se presentaron, y transparentes las virtudes porque transparentes se vieron. Empresa ardua seria marcar uno por uno todos los personajes de la Biblia, pero sabido es que el mas indiferente ofrece á la historia un cuadro interesante.

Los periódicos y cartas de la Martinica que han llegado á Madrid á fines de la última semana refieren el siguiente fenómeno.

ERUPCION VOLCANICA DE LA MONTAÑA

PELEO.—(MARTINICA.)

En la noche del 5 de agosto, el cráter, despues de mucho tiempo que estuvo apagado, comenzó á vomitar torrentes de humo espeso acompañados de un ruido semejante al de un trueno lejano. A la mañana siguiente las casas, los caminos, las naves y las plantas aparecieron cubiertas de una ligera capa de ceniza y de tierra calorizada, todo ello lanzado por el volcan durante la noche. Sin embargo, esta erupcion no ha ocasionado ningun daño, y solamente por las señales que acabamos de mencionar, y por tres columnas de humo que se elevaban por la mañana en la cima del monte Peleo, muchos habitantes de San Pedro han tenido conocimiento del fenómeno que se ha producido durante la noche. La erupcion no ha ido acompañada de ningun temblor de tierra. El monte Peleo está situado al Norte de la isla, y se eleva á unos 4,438 pies del nivel del mar. Este fenómeno ha dado origen á interesantes observaciones y á estudios útiles al naturalista y al geólogo.

(1) No será ocioso manifestar á nuestros lectores, que el presente grabado reproduce uno de los cuadros mas notables de la escuela belga contemporánea. Mr. Mathieu ha querido resumir en los últimos momentos de una familia, los horrores y las catástrofes del Diluvio. Abuelo, padre, madre é hijos suben al último refugio donde no tardará mucho tiempo la muerte en penetrar. En lontananza boga el arca de Noé, que lleva la salvacion y el porvenir del mundo.

LA CASA DEL DIABLO.

TRADICION POPULAR,

POR DON ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

(Continuacion.)

III.

La entrevista que habia tenido lugar entre Alvaro de Mejia y la hija del herrador, era la renovacion de un impetuoso devaneo, olvidado por la ausencia. El caballero quiso probar de esta manera su resolucion y solo consiguió declararse vencido en una lucha infructuosa entre su arrogante corazon y su débil pensamiento. Alvaro de Mejia volvía a ser el amante de Isabel Tuorum; un amante orgulloso y desairado, lo que equivale a decir, un amante vengativo.

Pasaron algunos dias. Los compostelanos se preparaban a resistir la próxima llegada de don fray Berenguel de Londora, y Juan Tuorum seguía herrando de día y alarmando de noche. Alvaro de Mejia llegaba todas las mañanas a la puerta del Camino, y veía cerradas las ventanas de la Casa del Diablo. Isabel Tuorum era en verdad un alma en pena; nadie la distinguía al través de los hierros de las rejas inferiores. Un secreto presentimiento dominaba la imaginación de la hermosa y retirada hija del herrador.

Una mañana, cuando se disponía Juan Tuorum a bajar por una de las ventanas escusadas, le dijo Isabel ocultando su rostro entre las sábanas para que no pudiese sorprender su turbación. Andad, padre mio, con tiento, porque á decirlo verdad no sé lo que me dice el corazon de que un dia os van á llevar preso sin que os valga un ardite que seais el mismo diablo en cuerpo y ánima.

—¡Qué diantre!, le contestó su padre asegurando la escalera en los hierros de la celosía ¡seria cosa de ver que despues de tantos dias de asonadas cayese en manos de los partidarios del arzobispo!

—¡Ay!.... ayer se me apagó la lumbre dos y tres veces.

—El tiempo está lluvioso.

—Y despues... á decirlo la verdad... ese Alvaro...

—Juan Tuorum se volvió de pronto como movido por un resorte, y acercándose de puntillas al lecho de su hija, ambos se miraron por largo rato, el uno en las pupilas del otro con reconcentrado amor.

—Y bien, ¿que deciais de Alvaro de Mejia?

Isabel palideció y sus párpados se estremecieron ocultando á rato las pupilas.

—Antes, contestó, Isabel dadme palabra de no enojaros.

—Palabra de diablo.

—Es poco.

—De herrador.

—No creo en ella.

—De padre.

—Enhorabuena.

—Sobre todo, hablá poco, porque el sol madruga como un verdadero cazador.

—Vos recibis consejos, prosiguió la hija de Juan Tuorum, de Alvaro de Mejia... para ello os descolgais de esa ventana, sufris el frio de la madrugada, y me abandonais hasta la noche. ¿No valdria mas que como Dios os diese á entender obráseis por vos solo y dejárais en paz al arzobispo... seguro de que al fin y al postre morireis herrador como os habeis casado. No ¿razais el gesto, padre mio, que esto es tan verdad como que hemos de morir. Las revueltas y asonadas son para los ricos, y los pobres mueren sin haber para ellos otra cosa que el hospital cuando enfermos la horca cuando vencidos, y el cementerio cuando difuntos. De algunos dias á esta parte no podré decirlo lo que padece mi corazon... lloro... se me ahoga la respiracion, y siempre espero la noticia de que os ha sucedido alguna desgracia. Siempre una se inclina á pensar en lo peor... ¿Quién sabe si Alvaro, el mismo Alvaro de Mejia os venderá?... ¡Oh!... y perdóneme Dios, pero tiene una mirada de soslayo, que me parece mas, mucho mas diablo que vos.

A todo esto Juan Tuorum no hacia mas que pasar y repasar los dedos de su diestra por la barba, y mirar á su hija con sonrisa burlona, pero benévola.

—Y si por una casualidad, que el cielo no os depare, continuó Isabel Tuorum, fuesen ciertas sus sospechas... no sé como vuestra hija sobreviviría á tal desgracia. Lo que no sucede en un año sucede en un dia, y de nada os serviría que os tuviesen por diablo si os prenden como hombre... ¡Abandonarme por Alvaro de Mejia! y todo... ¿para qué, señor?... para poner su vida en riesgo. ¡Ay! ¡cuánto mejor no os seria ir á Castilla, que allí á lo menos hay batallas y no se pierde la gente entre cuatro murallones viejos, y por un justicia, que será cuando mas, punto menos que el arzobispo.

Algunos minutos se pasaron en silencio. Isabel miraba de hito en hito á su padre, y éste con el dedo índice sobre el labio inferior tenia la vista fija en el suelo. En seguida se volvió hacia Isabel, y entre mohino y cariñoso le dijo—¿Acabásteis vuestra plática?

—¡Oh padre mio! le respondió su hija, ¡si cuánto os digo no será por vuestro bien!

—Y tanto que lo creo... pero Isabel, hay obligaciones

sagradas que cumplir, y primero me entierran vivo que faltar á mi palabra. No creais en hechicerias, y por lo que atañe á Alvaro de Mejia apostaria la reliquia que tengo de San Rosendo á que no cometerá una felonía por todo el oro que hay en la capilla de las reliquias de la catedral. Sobre todo, hija mia, entre tanto Dios me conceda vida y salud y una buena espada en las manos, ya pueden venir duendes y familiares del arzobispo. Por vida de... ¡Hablásteis de lágrimas y desazones... enfermedades de mugeres que siempre cura un beso ó un abrazo. Dejadme gatear por esa ventana á la madrugada, rezar y herrar á la mañana y maldecir y jurar de noche, que si el diablo no lo hecha á perder abandonaremos esta casucha y no me tomará el pueblo por Satanás sino por... ¿á qué no acertais lo que seré?... prosiguió Juan Tuorum con arrogante curiosidad.

—Herrador de las mulas de palacio

Una risa desdeñosa se dibujó en el semblante del herrador.

—¡Guarda-cuadras del alcalde!

Hizo que no oia.

—¡Perrero de la catedral!

—¡Hum!—y al decir esto se puso en pie, arreglándose el colete, enderezando el pescuezo y calando con ambas manos la montera.—Por Santiago, que ignoraba teniais formada tan buena idea de vuestro padre. ¡Herrador de las mulas de palacio... ¿eh?... ¡guarda-cuadras del alcalde!... ¡bah!... ¡perrero de la catedral!... *vade retro*. Estaria de ver que espusiese mi cabeza por herrar... en lugar de los caballos de los transeúntes... la mula del justicia... ¡perrero de la catedral! ¿Tengo acaso gota, ó á fuerza de engordar lo mejor que puedo hacer es vestirme el ropón negro y andar á paso de tortuga? Habeis de saber que si, como decia, el diablo no lo echa á perder, presto me vereis de alcaide de la torre de la Atalaya. Ya podeis comprender que no es un grano de anís lo que me arriesga... Como que me parece ya que estoy en la azotea con vos á mi lado... si, con vos, prosiguió el herrador por una de esas transiciones que tanto valen para un corazon paterno; porque habeis de saber, hija mia, que os quiero... es poco... os amo de todas veras. Por el ánima de vuestra madre que no ha quedado en el mundo una muger tan hermosa como vos... y no os hagais la mortecina y soñolienta... ¡vive Dios!... que eres un retrato... ¡pobre Maria!... el retrato de vuestra madre... pues... de mi muger... ¡ah! el sol va de prisa... acostaos, hija mia, acostaos, que la mañana está como cuerpo de difunto. Adios, Isabel, adios... ¡bah! dadme un abrazo... así... fuerte... Isabel, hasta la noche.

Y, casi de puntillas, corrió Juan Tuorum hacia la ventana, golpeando las palmas de entrambas manos con la mayor alegría.

Pronto se perdió de vista en el antepecho de la celosía.

Isabel Tuorum se encontraba tranquila repitiendo las últimas palabras de su padre, y se sonrió entreabriendo sus ojos, porque la claridad se acercaba poco á poco á su habitacion, y la apartaba de aquel insomnio que vale algunas veces mucho mas que la verdad.—De repente se volvió trémula y asustada hacia la ventana y distinguió como en el alero del tejado se dibujaba de mala manera la sombra de un hombre que subia por una escalera de cuerda.

No era su padre: á juzgar por su gorra con plumas, era un caballero.

Isabel no habló, no gritó, no se movió. Sus megillas palidecieron, sus ojos brillaron con la incierta claridad de una bujía que se apaga, y su garganta se contrajo por un movimiento convulsivo. Parecia una de esas virgenes de cera, que recostadas dentro de una urna de cristales, duermen al parecer con un éxtasis divino.

Alvaro de Mejia era el que se descolgaba en la habitacion de Isabel Tuorum. El hidalgo dirigió una mirada escudriñadora al rededor, y al reconocer entre los pliegues de una oscura sobrecama, un bulto como de muger, compuso su semblante y envainó su espada, mirando hacia la ventana como receloso de alguna sorpresa.

Isabel Tuorum vió todo esto estremeciéndose de terror y de vergüenza.

Un silencio sepulcral reinó por algunos minutos en esta habitacion, y el sol esparció de pronto sus rayos, dibujando en el suelo la sombra de Alvaro de Mejia con los contornos de un gigante derribado.—Era ya dia.

—Dispensad lo importuno de la visita, quien quiera que seais, dijo el caballero aparentando que ignoraba donde se hallaba, y dirigiéndose á la hija del herrador; pero me iba en ello la vida, y entre morir á manos de mis enemigos y escalar la ventana de una cara, para mí desconocida, he preferido lo segundo. Dadme hospedaje, prosiguió acercándose mas y mas al lecho donde descansaba Isabel Tuorum, y sabré recompensar vuestro servicio con mi eterno agradecimiento. Mas ¡qué veo!... ¿Será posible? ¿Será verdad, ó loca ficción de mis sentidos lo que distingo?... ¡refugiarme en la Casa del Diablo! si... ella es... ¡Oh! Isabel, hermosa Isabel, exclamó inclinándose en ademán de afinjarse, concededme vuestra amorosa prision, ya que soy esclavo años há de vuestras gracias.

Isabel le dirigió la fria mirada de un cadáver. Alvaro de Mejia, supo en este momento los segundos que tiene un minuto. La hija del herrador se incorporó de pronto con el bello desorden que embriaga de amor á la voluntad mas indiferente, y apenas pudo articular estas palabras:

—Caballero, si sois mi prisionero como acabais de

decir, dispensadme el favor de retiraros, entretanto que no puedo recibiros como cumple á la elevacion de vuestra hidalguia. Alvaro de Mejia dió un paso hacia el lecho de Isabel, y ésta se estremeció apartando con desenvoltura las trenzas de su pelo que le caian en luengos rizos por delante de sus megillas.

—Juan Tuorum... mi padre, os echará de menos, dijo su hija con reconcentrado horror. En estas palabras se encontraba una solemne espresion.

—¿Por qué os sobresaltais? ¿no es lo mismo entrar por la puerta que por la ventana?... ¿Acaso...

Isabel Tuorum adivinó el sentido de estas palabras, y su rostro se encendió en el mas vivo carmin.

—Respetadme, caballero.

—¡Adorada Isabel!

—O sois mi prisionero ó mi enemigo

—Como querais.

—Obstinado sois por vida mia.

—Mucho, muchísimo os amo.

—¡Oh! no me importuneis por mas tiempo... Si me amais... quise decir... si teneis antojo por mí, haceos lugar para mañana, ¡para nunca! murmuró en voz baja, dejándose á la soledad que apetezco... con mi padre... ya no lo hagais por mí, sino por él... ¡desventurado! corre en vuestros brazos tal vez á la... si... lo diré de una vez... á la horca. ¡Os sonreís!... así pinta al diablo... sonriéndose... tambien vos quereis mi deshonra... mi muerte. Bien: me arrojaré de esa ventana; pero como una victima, no como cómplice. Y los sollozos ahogaron las palabras de la hermosa hija del herrador.

Los ojos de Alvaro de Mejia giraron en sus órbitas con desesperada irresolucion, y dijo con voz balbuciente.—Maldita sea la hora en que volví á veros... Os creia lejos del mundo... tal vez muerta... nuestro amor era ya un recuerdo, nada mas que un recuerdo aciago. Os vi, Isabel, y desde entonces tengo dentro de mi pecho un espíritu infernal que rie cuando yo lloro y algunas veces toco mi cabeza porque creo que me sale de los hombros. ¡Os vi en mal hora! ¿Quereis saberlo todo?... Pues bien, Isabel, os he engañado.

—¡Lo creo muy bien!

—No me interrumpais... Nadie me perseguía y no ignoraba que escalaba la Casa del Diablo; pero necesitaba volver á veros y he apelado...

—Ya sé... á la mentira.

—No: al desengaño. ¡Oh! no encuentro remedio á mi mal. La amistad y el deber me niegan lo que me inspira la desesperacion. Si no teneis compasion de mí... ¡cielo santo!... tenedme...

—¿Respeto?

—¡Miedo!

—¡Cielo santo!... antes de ser mi verdugo, aun teneis un medio de salvacion para vos... y para mí.

—¿Cuál? decid, decidlo pronto. Me salvareis y os salvareis.

—¡Hay en la tierra una decision que tanto se parece á la muerte!

—Sobrado lo sé: los celos hacen blanquear los cabellos y...

—No tan allá... con un page y un caballo podeis alcanzar la paz que deseais para vuestro corazon.

—¡Un caballo y un page! Ya todo lo adivino. ¡Un page y un caballo! ¡Cansar al uno y hacer galopar al otro! Y lo que es mas cruel no poder arrojar de mí el fuego devorador que entre la polvareda del viage me lastimaria el corazon. No, Isabel, mil veces no: ahora me toca emplear esta palabra. ¡Por Cristo que sois muy generosa!... Entretanto, os habeis dicho, que él puede ir en busca de la muerte, desterrado voluntario, rendido de cansancio, pálido, estenuado por la fatiga del dia y las noches en vela... yo tranquila, al lado de mi padre podré vivir con el regalo de una reina, esperando el dia para amar y la noche para dormir. Nunca, Isabel, nunca; antes la muerte.

—O el amor. ¿No teneis en la ciudad nobles doncellas por quien podreis torrear, despertando rivalidades y produciendo un desafio por cada hora? Esa seria la verdadera gloria de un caballero... ¡Pues no se estrañaria poco en Santiago, si se supiese que todo un Alvaro de Mejia estaba enamorado de la hija de un herrador! A fé que lo sentiria mas por vos... que por mí. ¡No cumplir una palabra, abusar de la solicitud de un honrado plebeyo; fingir una persecucion, escalar una ventana!... y todo ¿para qué? para decirle á una pobre muger... á mí... estoy por reirme de todas veras... para decirme que á vueltas de algunos meses una chanza de jubileo se ha cambiado en amoroso devaneo. Vamos, Alvaro de Mejia, os habeis levantado de buen talante y como habias de ir al palacio de alguna señora, vinisteis á la humilde morada de un herrador, siquiera para lamentaros de la pobreza en que vivia.

Alvaro de Mejia al escuchar estas palabras en las que se mezclaba la indiferencia con ese aprecio desapasionado que algunas veces hiere con mas violencia que el desprecio mismo, habia vacilado sobre sus pies y no encontraba entre sus manos un objeto que pudiese sujetarlas: la empuñadura de su espada, los pliegues de su gorra, el embozo de su ferruero; todo le parecia escaso para la violenta fiebre que estraviaba su razon. Mas de una vez habia querido interrumpir á la hija del herrador pero siempre su voz era ahogada porque se le agolpaba la sangre en la garganta y sus megillas, despues de una estremada palidez, se amarataban. Isabel Tuorum una vez se estremeció de espanto al fijar sus ojos en los de Alvaro de Mejia.

—Basta, Isabel, dijo de repente clavando en ella una mirada de furor reconcentrado.

En un momento de silencio que siguió á estas palabras, ambos pudieron distinguir la algarazca que levantaban en la calle algunos peletones de gente, al parecer armada.

Alvaro de Mejía y la hija del herrador se miraron sorprendidos; el uno temía por su vida, la otra por la de su padre. El hidalgo corrió hacia la ventana, y entretanto con la presteza que solo concede á la mujer el miedo ó la curiosidad, se vistió Isabel Tuorum y desapareció al poco rato por la escalera tortuosa y oscura que comunicaba su habitación con la de su padre.

—¡Bah! son los plebeyos que se preparan para mañana, dijo Alvaro de Mejía sin volver la vista. Se conoce que hubo algun alboroto cerca de palacio, prosiguió á media voz, y ¡calla!... corre entre ellos un peregrino. Estoy para decir que se adelantaron mas de lo regular... Ahora recuerdo... el peregrino no debe ser otro sino...

Al decir estas palabras miró para el lecho de Isabel Tuorum, y al reconocerle vacío llevó ambas manos á la cabeza, é ignorando á donde atender mejor murmuró en voz recelosa.—Bien dice el vulgo que esta es la Casa del Diablo. Inquieto y receloso se asomó á la ventana por segunda vez, y se encontró en frente con un peloton de plebeyos que dirigian al antepecho de la casa miradas investigadoras y curiosas. Un grito de sorpresa exhalaron á la vez veinte ó treinta bocas. Algunos armados levantaron sus mazas tomando esta exclamación por una voz preventiva de ataque. Alvaro de Mejía se ocultó de pronto receloso de que su presencia en este lugar pudiese inspirar desconfianza á los sublevados.

—¡El diablo!
—¡El diablo á guisa de capitán!
—¡El diablo con ferreruero!
Estas voces corrieron de peloton en peloton como por encanto. Despues no se distinguian en la calle mas que las oleadas de cien cabezas que se apiñaban arrellanadas hacia la casa del herrador.

—¡Arrasadla!
—¡Quemadla!
—¡Exorcismadla! gritaron todos á la vez, y levantaron en alto mazas, lanzas y palos, pequeño tren popular dispuesto á sitiario y quemarlo todo... hasta la catedral, como en 1447.

Cuando los que tenian las mazas se adelantaban para derribar la puerta de la casa, los que llevaban palos se preparaban á escalarla, y los armados con lanzas las levantaban en alto para esperar al diablo que se arrojaría sin duda alguna de la azotea, un hombre en traje de peregrino, de formas atléticas y fuerza extraordinaria, á juzgar por el surco que dejó entre la multitud, parecido al que hace el jabali entre las cañiñas del trigo, se adelantó y dijo con voz de trueno:

—Respetada.
A su eco las lanzas se bajaron, las mazas se fijaron en el suelo, y los palos se echaron al hombro.

Alvaro de Mejía desahogó su impaciencia con un prolongado suspiro. ¡Ah! dijo: nos salvó. Nos libra de la afrenta; prosiguió como acusando su pensamiento; cuando veníamos aquí á buscar su deshonra... ¡Córre razon mio!... Olvidad aun que no sea mas que hasta mañana.

El peregrino que habia contenido á la multitud era el mismo *Diablo* en cuerpo y ánima, ó pormejor decir, el herrador de la Puerta del Camino, Juan Tuorum, disfrazado de romero.

IV.

A la madrugada del día siguiente un encubierto escalaba una de las ventanas de la Casa del Diablo con tanta desenvoltura y resolución que daba á entender á tiro de ballesta que no era otro sino su dueño. En verdad: era el herrador Juan Tuorum. Su hija le esperaba apoyados ambos brazos en la ventana, y ocultando la cabeza entre las palmas de las manos. Juan Tuorum se puso en pie luego que se hubo descolgado y corrió hacia Isabel que le abrazó con la precipitación irreflexiva de una niña que busca un beso y un juguete. El herrador respiró con el desahogo envalentonado del que acaba de dar cima á algun peligro, y su hija suspiró con la encantadora confianza del que espera á un protector. En seguida entrelazaron sus brazos por la espalda, mirándose y remirándose como dos enamorados en una primera cita de amor.

—¡Loado sea Dios... *beatus dominus*, como dice el sacristán de Santa María Salomé; exclamó Juan Tuorum arrellanándose en un taburete y haciendo sentar sobre sus rodillas á Isabel; hoy ¡fué un día completo. Cinco cuchilladas dieron estas manos pecadoras y veinte mil pasos, cuando menos, estos pies que han de comerse la tierra. Hoy fué un día cabal... muy cabal.

Isabel Tuorum no se fijaba al parecer en las palabras de su padre y se sonreía á la casualidad por manera de que pasaban desapercibidas para su imaginación la mayor parte de las transiciones del herrador.

—¡Ay... cuánto padeci, padre mio!
—¡Ya lo creo... vos si que sois el diablo cuando se trata de andar por esas calles pegando cuchilladas. Pero ya me teneis aquí sano y bueno... pero sin cenar ¿me entendéis?... Es necesario que restablezcáis mis fuerzas... Ea, bajemos.

Hubo un momento de silencio y el herrador al bajar las escaleras dijo á media voz: ¡por Cristo! no se puede contar para nada con esos nobles de alcorza que se arman de punta en blanco para hablar á una mujer como si fueran á sitiar una plaza cerrada. ¿Y no sabeis hija

mia, prosiguió, que faltó esta mañana Alvaro de Mejía?

Isabel se estremeció, pero el herrador no reparó mas que en el estimulante olor que salia de la cocina. La hija del herrador se habia decidido á no revelar á su padre nada de lo acaecido, y para apartarle de cualesquiera suposición, le contestó asentando con su diestra su cana cabellera. ¡Vaya un perdona-vidas que se acuerda de cenar despues de haber gritado! Señor alcaide de la torre de la Atalaya... no lo digo por burla, ¿cómo os habeis encontrado en la refriega?

—¡Voto val... á deciros verdad, fué un día perdido... como que nunca salen bien las cosas hechas de prisa... y sobre todo, era martes, y perdóneme Dios; pero siempre he barruntado mal de este día... Allá voy á contaros lo que pasó... dadme la sal... ¡escelente ternera... Pues como ibamos diciendo, sali de casa á la hora que sabeis, y por de pronto no encontré en la suya á Alvaro de Mejía. ¡Alguna asonada amorosa tendria que hacer bajo una reja!... ¡Cáspita!... no echeis la sal por la mesa... parecéis una parálitica... Luego me dirigí al barrio de la Estrella, cuando un peloton de gente me rodea en la calle del Baño, y me dicen: «Hoy es el gran día... todo está preparado... solo vos faltáis.» Describí un círculo sobre mi pie izquierdo, y mirando á todos lados les dije: «Mal puedo faltar cuando estoy aquí.» Veinte manos estrecharon á esto las mias, y veinte bocas casi repitieron mi nombre. ¡Adelante!... Cuando llegamos á la plaza ya éramos cuarenta. Algunos traidores se pusieron en acecho; pero al ver que nos dirigiamos á la catedral, ni por las mientes les pasó la idea de que ibamos á preparar la resistencia á la vuelta de fray Berengena ó Berenguel de Londra. Ibamos ya á salir cuando reconocimos á un gallofo... como si viéramos al mismo diablo... ¡alto! gritamos... el corrió, nosotros le seguimos. Al postre y remate sus ropas quedaron entre nuestras manos y su cuerpo fué conducido á la cárcel ¡Malditos sean esos vagabundos que comen á costa de la religion... gente holgazana que sin saber con qué apagar su hambre, se hacen peregrinos. Ya podeis imaginaros lo bien que me sentaria la esclavina de cuero y el sombrero francés. Aparecimos en la Quintana... con el gallofo á la cabeza... no el otro, sino éste... y no éramos cuarenta, sino sesenta. Los partidarios del arzobispo nos salen al encuentro, y aquí de la de Clavijo. Escarmentados quedaron por vida mia. Llovian porrazos como copos de nieve en invierno. Habiais de ver á vuestro padre... ¿no teneis algun postre de fruta?... traedme vino... si, señor, á vuestro padre como andaba de Herodes para Pilato animando á los compostelanos. ¡Cuerpo de Cristo! y qué fuerte cuchillada recuerdo ahora que he dado á un botarga que tenia mas de perrero de la catedral que de militar valeroso. El enemigo nos envolvia por todas partes... menos por el aire. Corrimos, saltamos, embestimos y luego nos retiramos. Cuando volví la vista atrás en el campo de Nuestra Señora del Camino, ya no éramos sesenta, sino treinta. Al sonar á rebato de las campanas, cada cual se habia procurado un asilo para su defensa. A durar un poco mas la asonada, tal vez hubiese yo quedado solo delante del torreón vecino que Dios confunda antes de que vuelva á sostener los peones del arzobispo.

Isabel Tuorum escuchaba á su padre completamente distraida. En este momento tenia lugar en su interior uno de esos fenómenos desconocidos á la fisiología, por el cual el alma parece dividirse en dos, porque la memoria se acuerda de lo pasado, y la imaginación retiene lo presente. El herrador, con la homérica satisfacción de un caudillo afortunado, proseguia refiriendo con soltura y desembarazo lo acaecido durante el día. Parecia que no hablaba para su hija, sino para todo el mundo.

—Chanzas á un lado, prosiguió Juan Tuorum meneando la cabeza como el que se rie de una aventura que ni calla ni refiere. El pueblo sobresaltado no sabia que hacerse en una asonada tan imprevista que habia empezado sin tener de ella la menor noticia aun el mismo Alvaro de Mejía... Cuando llegamos á la puerta del Camino, cada cual tomó por su lado como pájaros desbandados... ¡Cáspita y ahora recuerdo... no sé lo que os haria si os tuviese á mano cuando asomásteis á la ventana! Por Santiago... y lo mas original era que unos decian: Miren al diablo con ferreuzuelo, y otros respondian, con gorra y pluma. Apuesto mi cabeza á que os tomaron por un caballero con la cara mas negra que un tizon y que se darian de cuchilladas para disputar si teniais pezuñas en lugar de pies; ¡Diantre!... mirad que me lastimais esta mano porque tengo en ella una leve cortadura... si... ahora recuerdo... he aquí la única desgracia de la mañana.

En verdad, Isabel que tenia su diestra entre las manos de su padre la habia cerrado convulsivamente, cuando el herrador referia la sorpresa que habia causado á los sublevados ver una persona en las ventanas siempre cerradas de la Casa del Diablo.

—¿Y despues? preguntó Isabel tratando de dar término á esta conversacion.

—Lo de antes. Volvieron á la carga los traidores, y viendo que nada hacíamos de provecho, lo dejamos para mejor día. La manzana está madura y á poco que el árbol se menea, caerá al suelo.

—Recuerdo que no ha muchos días me deciais que el primer hombre se habia perdido por no sé qué manzana.

—Ya lo habeis dicho: el primer hombre. Entonces bien pudo ser, pero ahora han variado las cosas. Sobre todo, Adan comió de la manzana prohibida y la temporalidad de Santiago es fruta de casa, y muy de casa

para los compostelanos, y mas prohibida debia de ser para el *dominico francés*.

Y Juan Tuorum se puso en pie con orgullosa arrogancia prolongando los músculos de sus piernas entumecidas de estar tanto tiempo sin movimiento.

—Y para vos, exclamó sonriéndose la hija del herrador.

—¡Bah!

—¡Lo que os digo!

Un abrazo fué la señal de despedida. Al poco rato cada cual tomaba por su lado para acostarse.

El herrador dormia en seguida á pierna suelta porque descansaba de un día de asonada, lo que equivale á decir, de un mal día. Isabel Tuorum no pudo cerrar los ojos, era la voz de la conciencia y el instinto del miedo lo que entorpecía su sueño. Callaba demasiado á su padre la amorosa solicitud de Alvaro de Mejía, pero débil á solas se creia fuerte al lado del hidalgo para rechazarle sin que por eso dejase de temer las terribles consecuencias de su resolución. Ya volvía la cabeza hacia la ventana de su habitación, sobresaltada y recelosa, porque el mas leve murmullo le hacia ver á Alvaro de Mejía descolgándose por segunda vez; ya contemplaba á oscuras á su padre adivinando que la sorprendia en sus pensamientos. Despues volvía á replegarse en si misma y escuchaba la sombría voz de su conciencia y cerraba los ojos, se cubria los oídos y retenía la respiración, preocupada con la idea de que así conciliaría mejor el sueño, como si el pensamiento humano irradiase de los sentidos al alma y no del alma á los sentidos. Alvaro de Mejía mas amante que partidario de la justicia mayor no se curaba del éxito de las pretensiones de los compostelanos sino que luchaba con la imaginación que se complacia en traerle á la memoria los sucesos del día anterior. Caballero habia faltado á su palabra con Juan Tuorum para salir como un salteador de su casa despues de buscar en vano á su hija que habia desaparecido.

Pasaron algunos días. Alvaro de Mejía dominado por la violencia de su pasión renovada por la imprudente confianza del herrador se dirigia silencioso hacia la venganza, humillado y confuso por el desvío de Isabel Tuorum. Entretanto el *Diablo* seguro de un éxito favorable contaba, con la tranquilidad y reposo del que lo espera todo del porvenir, los días que faltaban para la próxima llegada del arzobispo. Sin embargo, si bien los compostelanos seguian afiliándose para renovar la justa recusación de la temporalidad del arzobispo, Alvaro de Mejía se apartaba de su compañía, no dejándose ver sino á grandes plazos del herrador y hablando con él si no con reserva á lo menos con indiferencia. Algunos creian que tenia miedo y tal cual hablaba á media voz de traicion, pero Juan Tuorum contestaba á todos asegurando que seria algun devaneo amoroso el que preocupaba la imaginación del hidalgo hasta olvidarse de su aversión á fray Berenguel de Londra.

Serian las siete de una apacible tarde de otoño casi el anoecer, cuando se sintieron golpes violentos en la puerta de la Casa del Diablo. El herrador no hizo caso porque estaba acostumbrado á que los vecinos envalentonados por el número en que se reunian, tentasen de esta manera la paciencia de *Satanás*. A los golpes precipitados siguieron dos aldabazos dados en tres minutos: entonces varió el herrador de semblante y comenzó á bajar las escaleras de su humilde morada. Debía ser alguno de los conjurados.

Por esta noche se habia propuesto sorprenderle Alvaro de Mejía. Despues de no volver á verle desde la víspera de la última asonada, venia á su casa tal vez para sincerarse de un inoportuno retraimiento. El hidalgo subió de prisa y corriendo hasta la habitación de Juan Tuorum como si procurase ganar tiempo ó salvar la vida de algun peligro cercano.

La hija del herrador y Alvaro de Mejía se encontraron frente á frente. El hidalgo solo vió en este momento á su amante y olvidándose de que venia atrás el herrador y de que le humillaria una sorpresa de Juan Tuorum, escuchó únicamente la voz de su pasión, y tomando una de las manos de Isabel le dijo con voz desfallecida: ¡Oh! sí, vuelvo y volveré... porque muero lejos de vos. Amadme, amadme, no apartéis los ojos: ya no soy el salteador que vengo por la ventana sino el caballero que entra por la puerta.

Y cuando tendia los brazos para abrazarla escuchó una voz reposada que decia desde el umbral de la habitación. Alvaro de Mejía, correis demasiado...

—Bastante; contestó el hidalgo sonriéndose y procurando componer la exaltación de su semblante.

—Tal vez, demasiado.

Alvaro de Mejía clavó en el herrador una mirada escrutadora al reconocer en sus palabras la amargura de un padre que disimula su enojo reprimido.

—No sea que al precipitaros... sea por la ventana ó por la puerta, prosiguió Juan Tuorum, es encontréis mi espada entre los pies y...

Por un rápido trasporte pasó Alvaro de Mejía de la humillación á la altanería.

—Y os mida con ella la altura de vuestras espaldas.

—¡Alvaro de Mejía!

—¡Herrador de la Almasigal!

—¡Llámome Juan Tuorum!

Ambos midieron la elevación de su cuerpo desde los pies á la cabeza. La hija del herrador pálida, llorosa, trémula, se echó á los pies de su padre y exclamó:

—¡Oh padre mio! perdon... he llamado demasiado.

—Caballero, dijo entonces Juan Tuorum con el semblante desencajado, necesito una esplicación.

—La tendreis
 —¿Cuándo?
 —Mañana.
 —¿Dónde?
 —En mi palacio.
 —No la acepto.
 —Escoged entonces el sitio.
 —Aquí.
 —Contad con que el vulgo la llama la *Casa del Diablo*.
 —Será desde que la escalan los caballeros.
 —No comprendo.
 —Todo lo escuchamos... Mañana os espero en el cerro de la *Almásiga*.
 —Observad que está muy cerca de la horca.
 —Pero mas del cementerio.

Y ambos se oprimieron sus manos para no echar en olvido su palabra empeñada.

Alvaro de Mejia habia llegado á casa del herrador por un imprudente alarde de arrogancia, y seguro de no encontrar en ella á Juan Tuorum habia dado rienda suelta en su interior á una de esas anticipadas victorias que los amantes se permiten algunas veces. Al encontrarse con Juan Tuorum solo le estaba permitido el disimulo, pero era tarde para reflexionar y se habia precipitado de una manera imprudente hasta concitar la cólera de su aliado. A juzgar por la sonrisa burlona que se distinguia en el semblante de Alvaro de Mejia al salir de la *Casa del Diablo* se echaba de ver que el hidalgo esperaba desarmar la cólera del herrador con alguna sinceridad amorosa ó revelacion politica.

Juan Tuorum no se apartó de la ventana hasta perder de vista á Alvaro de Mejia.

(Se concluirá.)

EPISODIO HISTORICO-NOVELESCO.

VI.

UN ADUAR.

Volvamos á ocuparnos de Zubiri.

Sin recibir ningun mal tratamiento, fué Zubiri conducido al aduar de Mustaphá, que como todos los demas aduares consistia en una multitud de tiendas de campaña que por su colocacion se asemejaban á uno de los campamentos europeos. La vida nómada de las tribus africanas, y la pasion que tienen por la libertad que proporciona una existencia campestre, les hace no poder someterse á la de las ciudades, y viven á lo cosmopolita, llevando siempre consigo la casa y sus haciendas, que las constituyen sus esclavos y rebaños. Hacen alto donde mejores pastos hallan, y allí plantan sus tiendas y queda establecida su poblacion.

A este aduar llegó Zubiri, en ocasion en que se hablaba Mustaphá derrotando á los franceses, como ya hemos referido. Volvió á poco victorioso, y le fué presentado el prisionero español, manifestándole al mismo tiempo su generosidad con las mugeres árabes, lo cual le valió no ser condenado á muerte.

Zubiri, que durante su residencia en Ceuta habia aprendido á expresarse en árabe, aunque trabajosamente, sabia lo bastante para hacerse comprender, é impetó la clemencia de Mustaphá para que no le tuviera

con incierta exageracion las vicisitudes de su vida. Entusiastas los africanos por las narraciones de aventuras, que tanto agradan á su poetica imaginacion, le escuchaban gustosissimos rodeándole, y solicitaban continuamente su compañía para oír en un destrozado idioma, que siempre suele ser gracioso, una narracion de hechos fabulosos, y que para darles mayor interés cuidaba Zubiri de abultar. Por supuesto que, como sucede á todos los de lejanas tierras, no se presentaba Zubiri sino como un personaje español á quien las contiendas politicas habian llevado al Africa á pelear solo porque allí habia guerra. Ensalzaba su alcurnia y naci-

militar en las filas carlistas habia sido tambien una escuela de provechosas lecciones, como lo es siempre, y se encontraba Zubiri hecho el tipo de un hombre de mundo, que aunque no de buen género, ó fino, sabia lo bastante para engañar á todos y no ser engañado. Esto era lo que constituia su instruccion.

VII.

UNA ENVIDIABLE POSICION.

Enviado á Marruecos fué recibido dignamente por



Ommalisam en su cuarto.

miento, presentaba esmeradissima su educacion diciendo que hasta el árabe le enseñaran en el colegio, y por eso se acordaba de algo, y terminaba siempre con su ya acostumbrada fórmula de que le gustaban las costumbres y el carácter de los árabes. De este modo se atraia las simpatias de todos, contaba con su cariño y con su proteccion, consiguiendo á poco la de Mustaphá, que sabedor de cuanto decia el español, le cobró aficion y quiso servirle.

Preocupado el árabe con la guerra, solicitaba la proteccion del bey de Marruecos, y le envió una embajada con ricos presentes, añadiendo en ella á Zubiri,

el bey, que lo alojó en su palacio, presentándole trages de lujo que vistió sin el menor inconveniente Zubiri; y si bien al principio estaba algun tanto ridiculo con su turbante y albornoz, pareciéndose á algunos de nuestros moritos de carnaval, pronto corrigió los risibles defectos de su modo de vestir, y llegó á parecer tan africano como los naturales de Marruecos.

Deslumbróle á Zubiri la riqueza que veia en aquel palacio, y su primer pensamiento fué procurarse algunas y escapar con ellas á Argel, no considerando caso de conciencia este robo hecho á infieles y á enemigos; pero no veia fácil la retirada, y como prudente militar no quiso esponerse. Habló consigo mismo; conoció que su posicion era envidiable, y se decidió á disfrutar de ella, sin cuidarse de otra cosa.

El hecho principal á que debia su satisfactorio estado, era su generosidad para con las mugeres árabes, á quienes salvó la vida. Para gentes tan amantes de las mugeres como los africanos, esta accion era heróica, y su autor por consecuencia un héroe: para las mugeres, entusiastas por todo lo original y grande, quien de tal modo habia procedido era objeto de su predileccion y de su cariño: y cuantas oian referirlo, tenian ya aficion á Zubiri, y deseaban conocerle.

Cualquiera muger no necesitaba ser árabe para tener tales sentimientos; se necesitaba solo ser muger.

Sabedora de todo la sultana favorita del bey, deseó conocer al valiente paladin de su sexo, y el bey se lo concedió.

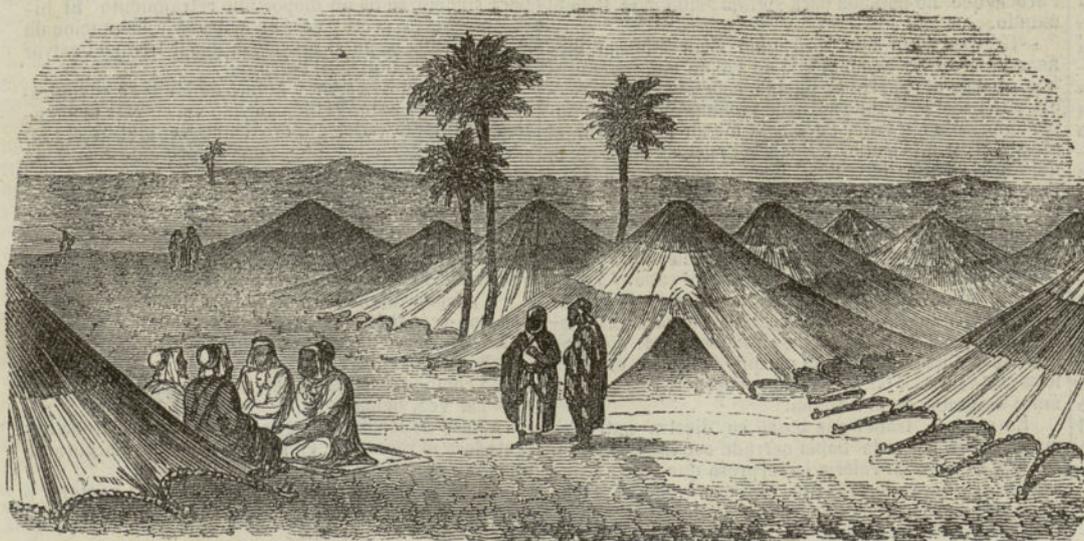
La mora por su parte deseaba, como todas las mugeres, agradar; y aunque no necesitaba adornos porque era escesivamente hermosa, se quiso presentar á la vista de Zubiri con todos los encantos de que la habia dotado la naturaleza y ponía á disposicion el arte. Se hizo cuidadosamente vestir de sus esclavas que las mandó retirarse en cuanto concluyeron su tarea, y sola Ommalisam, que así era su nombre y significaba *la de los lindos collares*, se quedó dando la última mano á su tocado mirándose en un pequeño y elegante espejo conforme representa la lámina.

En esta posicion la encontró Zubiri cuando le introdujeron en el gabinete de Ommalisam.

VIII.

UNA GRATA CONFERENCIA.

Largo rato estuvo contando Zubiri á Ommalisam nuevas y estrañas aventuras, supuestas unas en España



Vista de un aduar.

preso; y ya que no le diera libertad le empleara en su servicio no siendo en la guerra, pues de ningun modo lucharia contra sus companeros.

Apreció debidamente Mustaphá sus sentimientos y generosidad, y lo conservó á su lado conminándole con la muerte al menor conato de traicion que en él viera.

No desmereció nuestro compatriota de la confianza que en él se depositara: familiarizóse en breve con los que á su señor rodeaban, y les interesó contándoles

que lo regalaba al bey para que le divirtiera con la narracion de sus cuentos; pues si bien parece estraña esta cualidad en el adusto carácter de un navarro, deja de parecerlo teniendo en cuenta lo mucho que habia corrido, su despejo natural, y cierto aire de carácter andaluz y árabe que adquiriera en su permanencia en Ceuta. Habia ido allí bastante jóven, estuvo cerca de cuatro años, y fué tiempo bastante para que recibiera enseñanzas que tan útiles habian de serle. Su vida

y en Francia otras; atendiendo muy especialmente á ensalzar su galantería con las damas, que la dijo era una de las distintivas cualidades de los españoles.

—No creía yo, la dijo Ommalisam en vuestro cariño para con las mugeres.

—Pues no le dudeis, señora, contestó Zubiri, porque nada tiene de extraño, puesto que habiendo dominado los árabes en España nos han quedado muchas de sus costumbres, y la de ser galantes no la hemos olvidado los españoles. En mi país, señora, hay pueblos en que en ciertos días mandan las mugeres en todo, ejercen la autoridad y nos sometemos á sus decisiones. Esto ni en vuestro país sucede.

No le satisfizo completamente á esta pregunta, porque le habia gustado mas de lo que el bey deseaba; pero contestóle de modo que sin infundir sospechas en el celoso pensamiento del árabe, le conservara al lado de ella.

Complaciola el bey, y dió á Zubiri un cargo en el palacio.

IX.

EL BAÑO.

Ya estaba Zubiri completamente asegurado en palacio, y el bey, para dispensarle un obsequio le hizo

jaspe, por cuyo techo y estremidad de las paredes salía el vaporoso rocío que con tan inesplicable placer se tomaba.

Mas de una hora duró el baño, y al cabo de ella fué vestido con su nuevo y rico traje, presentado al bey y conducido por éste al jardín donde se hallaba Ommalisam acompañada de otras moras, y en cuyo sitio sirvieron á todos una frugal merienda de frutas secas.

Recreo es éste de costumbre entre los árabes, al cual dedican algunas horas las familias, que ya merendando ó en conversacion, mientras juegan los niños desnudos por el suelo, pasan así tranquilas horas entregados á su agradable molición.

(Se continuará.)

A. PIRALA.

AMOR DE UNA NOCHE.

CRONICA CHISMOGRAFICA.

I.

En una de estas deliciosas noches de setiembre, nos hallábamos reunidos en el salon del Prado varios jóvenes escritores, entre los que se contaban dos poetas, un periodista, un autor dramático, un ex-diputado y el que firma este artículo, cuento, novela, historia, ó lo que sea, que todavía no se ha podido averiguar.

Habíamos tomado posesion de media docena de sillas, instalándonos allí con la misma franqueza y *sans-façon* que si nos encontrásemos en el célebre café del Principe, campamento ó cuartel general, como nadie ignora, de casi todos los literatos y literatuelos que pululan en esta villa de Madrid, por tantos conceptos heroica y coronada.

La conversacion versaba sobre el amor... Dios sabe cuántas frases poéticas y apasionadas, cuántas agudezas y ocurrencias peregrinas, cuántas blasfemias y atrocidades allí se dijeron. Cada uno expresaba francamente su opinion, y los demas se adherían á ella ó la combatían con buenas razones, ó con el ridiculo, con la burla y hasta con bromas estemporáneas y ofensivas de oídos castos y piadosos... Una estruendosa carcajada apagaba de vez en cuando la voz de los oradores, y los concurrentes al paseo volvían la cabeza sorprendidos, y mas de una encantadora niña se sonreía maliciosamente ó inclinaba los ojos al suelo, adivinando por instinto el objeto de nuestra polémica.

—El amor, señores, decía el periodista, saboreando un magnífico habano, es como el cigarro, para los que no están del todo acostumbrados á fumar; mientras arde, les alhaga el olfato, les recrea la vista, les dulcifica el paladar, les distrae el ánimo, y los mantiene en una dulce somnolencia parecida á la que se experimenta con el uso del opio: pero no bien se apaga... ¿qué les deja?... una sequedad espantosa en la garganta, un sabor diabólico en los labios, un completo embolismo, producto del mareo, en las ideas; ansias y congojas mortales en el pecho, semejantes á las que produce un vomitivo, y por último, un malestar indecible en todo el cuerpo y en toda el alma. Tal es el amor.

—¡Bah! repuso el ex-diputado, déjate de metáforas, y di simplemente que el amor es un deseo que satisfecho muere como todos, sin dejar en pos de si la menor huella.

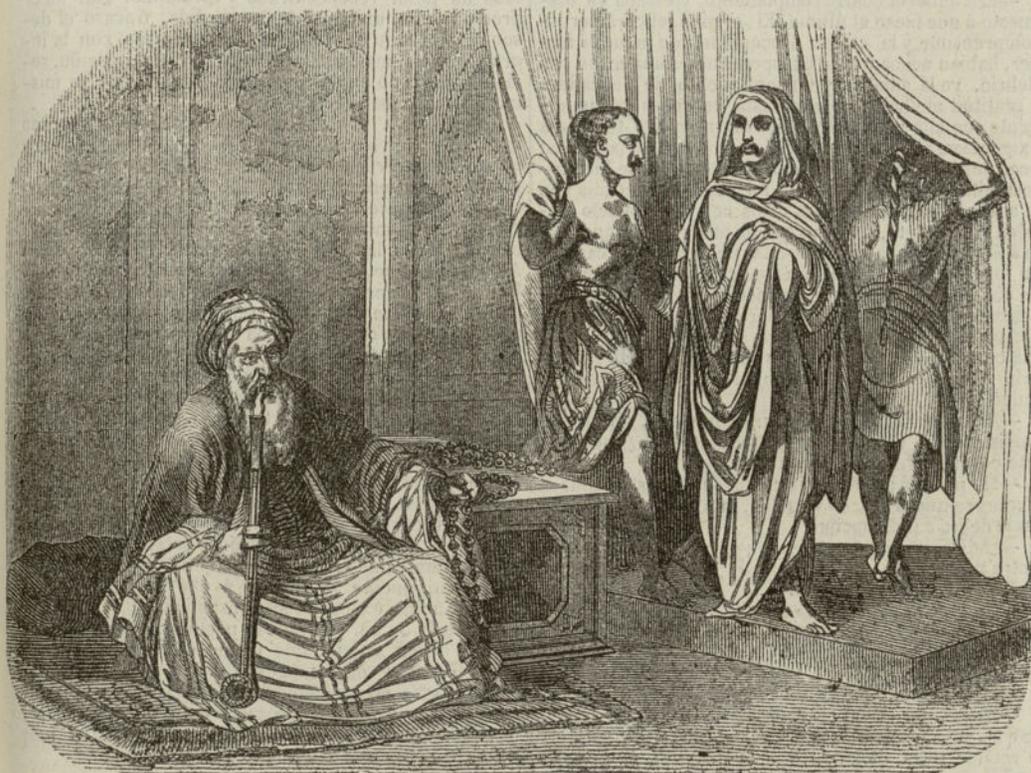
—¡Dorada mariposa que sucumbe al acercarse á la llama en torno de la cual gira, añadió el dramaturgo declamando con énfasis, fuente que trueca en hiel sus raudales, apenas hemos satisfecho nuestra sed; cándida y virginal paloma que encerrada en la jaula de la realidad, se estrella contra sus hiérrros, rompe en ellos sus frágiles alas y se convierte en horrído murcielago!

—¡Oh! ¡profanacion! exclamó uno de los poetas poniendo en blanco los ojos y levantando las manos juntas al cielo, con tal aire de sinceridad, que á no conocerle tanto nosotros hubiéramos creído que hablaba de veras; ¡oh profanacion! repitió, y en seguida, *velis nolis*, nos improvisó las siguientes lindísimas quintillas como de cosecha propia, cuando todo el mundo conoce á su verdadero autor:

«Vosotros, hombres de tierra,
Poetas sin corazon,
Cantais del amor la guerra,
Sin saber el bien que encierra
En su inquietud la pasion.

A vosotros prohibido
Ese sublime placer
Por el Señor os ha sido;
Vosotros no habeis bebido
El amor de una muger,

En unos ojos de fuego,
En unos labios rosados,
Cuando os miran extasiados,
Cuando al amoroso ruego
Os besan avergonzados!

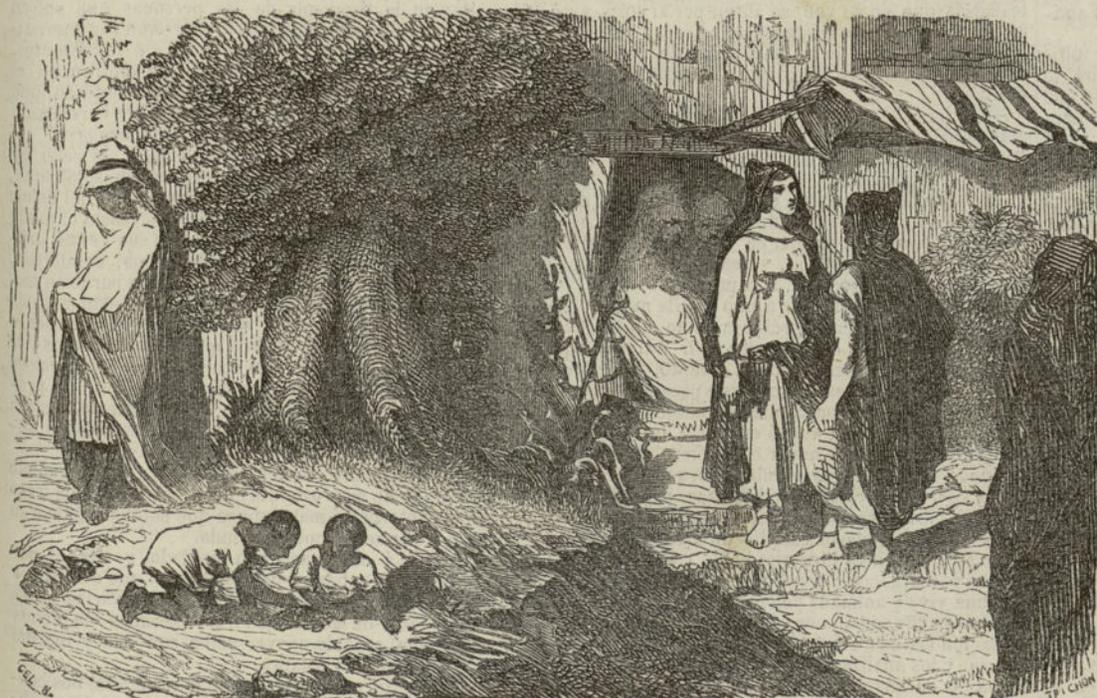


El baño oriental.

—En efecto; pero ¿es tan ardiente vuestro cariño, vuestro amor como el de los hijos de Mahoma?

—Lo es mas señora, replicaba impasible el buen Zubiri; porque nosotros solo queremos á una y nunca la abandonamos; y vuestros esposos tienen muchas mugeres.

participe por si mismo de su nueva posicion, y siguiendo las practicas árabes, le permitió hasta bañarse en los baños orientales de palacio; esos baños que hemos visto ahora en algunas poblaciones de España, y que deseáramos verlos reproducidos en la corte con todo su estilo oriental.



Los árabes en el jardín.

—Eso prueba que es mayor y mas ardiente el cariño de los árabes.

—En mi país prueba eso que el querer á muchas es querer á ninguna.

—No entiendo bien eso... explicádmelo

Pero no llegaba á tanto el despejo de Zubiri que pudiera satisfacer el deseo de la linda mora, y hubiérase visto apurado si en aquel momento no entrara el bey é interrumpiera la conversacion preguntando á Ommalisam si le habia agradado el español.

Antes de vestir Zubiri el rico traje que le fué presentado, tenia que bañarse, y le acompañó á este acto el mismo bey, que sentado en un cojin de damasco y saboreando el rico aroma de su pipa de ágata, esperaba la conclusion del baño para hacer á Zubiri los regalos con que queria demostrarle su afecto.

Zubiri, envuelto en su albornoz blanco, era acompañado por dos árabes medio desnudos con su gran trenza de pelo tendida por la espalda. Estos eran los bañistas, y los que le condujeron á la habitacion de

—Todo eso, repuso el periodista, será muy santo y muy bueno; pero ni tu ni nadie se atreverá á negarme que la posesion ha sido siempre considerada por todos los habitantes de nuestro planeta, pecheros y nobles, antiguos y modernos, civilizados y salvajes, como las Termópilas del amor... Ergo, mi amigo el diputado, ha dado en el *quid* de la dificultad: es un deseo que satisface muere; la privacion le engrandeca, los obstáculos le engrandecen, y la esperanza le alimenta; pero sin privacion, sin obstáculos, sin esperanza, es imposible el amor.

—Luego, según eso, añadió el otro poeta que hasta entonces habia permanecido silencioso, ¿vosotros no creéis que se pueda amar á una muger sin esperanza? ¿No creéis en el idealismo y en la abnegacion del amor? ¿No concebís que pueda nacer una pasion, crecer y desarrollarse en el transcurso de un dia?

—Mira, Carlos, eso es un solemne embuste, ó una necesidad de á fólio.

—¿Por qué?

—Porque en el siglo XIX solo se enamoran de veras los tontos y el vulgo.

—Sin embargo, todos se casan...

—¡Yal los hombres de talento y las personas decentes por curiosidad (de saber lo que es el matrimonio) y por capricho (del dote); y las mugeres bien educadas, por salir de la dependencia paterna y respirar el aire puro de la libertad (á la sombra de un editor responsable.)

—¿Y si yo os digese que en el espacio de pocas horas me he enamorado perdidamente de una muger á quien no conocia, y que no hubiera vacilado ante sacrificio alguno por obtener su cariño?

—Jóven incauto, exclamó con tono trágico el periodista, estarías ébrio ó te habria ella magnetizado. De lo contrario tu conducta es demasiado fenomenal, exótica, anómala, inaudita y estrofalitaria para que no merezca la execracion de todo hombre honrado. Un jóven de tus prendas, acostumbrado á mentir diariamente por oficio, á fuer de escritor público, no debe cometer semejantes pifias. Las pasiones repentinas, al vapor, de sopetón, de *coram vobis*, como dice mi patrona, se han hecho para las comedias y novelas, y tú que escribes unas y otras, no debías incurrir en ese feo pecado.

El jóven poeta, á quien llamaremos Carlos, sonrióse con desden, se pasó dos ó tres veces la mano por la ensortijada melena, y alzándose de hombros contestó:

—Cada uno habla de la feria como le va en ella. En cuanto á mí, confieso que si alguna vez me he enamorado de veras, ha sido en esa ocasion y en el espacio de una sola noche.

—¿Amor de una noche! exclamamos todos en coro; chico, eso merece que nos lo cuentes.

—Escribiré un artículo psicológico ó patológico, como mejor suene, añadió el periodista.

—Yo una anacreontica, un idilio, una égloga, repuso el otro poeta.

—Yo un discurso filosófico-ecléctico-sansimoniano, repitió el ex-diputado.

—Yo un drama romántico y patibulario, ó una zarzuela de rompe y rasga al gusto del dia, gritó el compositor de comedias.

Yo callé, reservándome *in pectore* el derecho de escribir lo que se me antojase, si la narracion de mi amigo me interesaba.

Carlos se lizo mucho de rogar, hasta que por último, cediendo á nuestras vivas instancias, nos refirió lo que voy á contaros, lectores míos; y aunque él dijo que nada nos ocultaba, me asisten fundados motivos para creer que cambió nombres, tergiversó fechas y varió el lugar de la escena y otros incidentes. Como quiera que sea, allá va en cuerpo y alma cuanto en amistad y confianza nos reveló; y en caso que hubiese omision ó engaño, el que la enredó que la desenredó, como dijo en una célebre ocasion el señor Arteta. Yo me lavo las manos.

II.

—El verano de 1817, dijo Carlos empezando su narracion, estaba bastante avanzado, y contra mi costumbre no habia yo salido de la corte, detenido en ella mas que por mis ocupaciones literarias, de las que hubiera fácilmente prescindido como otras veces, por cierto compromiso pendiente con un amigo (del género femenino), que me pagó este y otros sacrificios que le hice, dándole de baja en la matricula de su cariño, ó sea declarándome *cesante* en la posesion del mismo. Así fueron recompensados catorce meses de servicio activo, entre guardias de honor (visitas), centinelas y rondas (por la calle en que vivia), escuchas (horas de espera), avanzadas (en la puerta de las iglesias, en el Prado, etc.), y guerrillas (con sus parientes afines, consanguíneos y colaterales, á quienes era preciso mirar, contemplar y soportar, puesto que por la peana se adora el santo), sin contar varias heridas graves (en el bolsillo), recibidas en diferentes acciones de armas (suple regalos, paseos, etc., etc.).

Aquí el orador se vió interrumpido por uno de nosotros que le preguntó cuál habia sido el origen del rompimiento.

—Unos celos infundados, contestó el poeta; se la puso en la cabeza que yo tenia relaciones con una actriz de cierto teatro, que solia ir al piso principal de la casa en que vivia á ver á una parienta suya...

—Mira, Carlos, exclamó el dramaturgo poniéndole la mano sobre los labios; si todo lo que vas á contaros es tan verdad como eso, puedes callar. Me consta que seguías el rastro á esa inocente avecilla...

Carlos se puso muy serio, y echó una mirada de basilisco á su amigo.

—La verdad, señores, es que entonces escribia yo en un periódico político, y la vispera de su beneficio, esa jóven imprudente tuvo el capricho de venir en persona á suplicarme que pusiese cuatro renglones en la crónica teatral... *voilà tout*.

—No fué mala crónica... diaria, murmuró el dramaturgo entre dientes.

—En fin, eso nada interesa á la accion principal del drama que nos ocupa, dije yo deseando cortar el debate que iba á entablarse; es un simple episodio que no merece los honores de la discusion. Prosigue, Carlos.

—Era aquel el cuarto rompimiento, y estaba yo dispuesto á que fuese el último. El orgullo, el carácter incomprensible y la eterna desconfianza de aquella muger, habian acabado por exasperarme. Aunque no con delirio, yo la amaba, y un sentimiento de delicadeza y gratitud me habian hecho hasta entonces ser indulgente con ella y plegarme sin murmurar á todas sus exigencias, á todos sus caprichos, á todas sus fantasías; pero llegó un instante en que mi situacion se hizo insostenible. Para vengarse de mi supuesta perfidia con la actriz, quiso inspirarme celos con un polluelo imbecil y petulante, y no me quedó otro recurso que darle á él de bofetada; en la puerta de la misma casa de mi ingrata, y reconvénir á ésta ágridamente por su alevosa conducta. Ella, en vez de encolerizarse, lo echó todo á broma y á risa, y tuvo la bárbara complacencia de escitar mas y mas mi enojo con sus burlas y sarcasmos.

—La cólera me cegó entonces, y la habria muerto, la habria ahogado entre mis manos, si no hubiera sido una muger!

—Al contrario, debiste haberla abrazado, dijo el periodista; todo eso era estrategia femenina. ¿Apuesto á que entonces te pareció mas hermosa?

—Me pareció un demonio con faldas, y estrujando el sombrero que tenia en la mano, la dije con voz trémula de ira é indignacion:

—¡Adios, y para siempre!... ¡ya se ha acabado todo entre nosotros!

Y ella... ¿qué contestó?...

—Nada: empujó con desden el labio inferior hácia adelante; se alzó de hombros y me señaló en silencio la puerta de la sala, como indicándome que podia marcharme.

—Pues chico, te ha fastidiado en regla.

—Al otro dia me envié mis cartas; yo quise entregar las suyas y su retrato á la criada, pero esta se negó á recibir nada, diciendo que su señorita se lo habia prohibido terminantemente.

—¿Pues qué la dije sorprendido, ¿cree tu ama que volveré otra vez á verla?...

—Me lo ha dicho... pero mi boca es puerta cerrada...

—Vamos, cuéntame eso...

Esta insinuacion verbal, fué acompañada de otra metálica, que, sino lo era, se parecia mucho á un flamante peso duro.

—El oro es la mejor llave para abrir toda clase de puertas... se apresuró á decir el ex-diputado; hasta las falsas (que no se ven) se abren por sí solas ante la fuerza irresistible de los gases delectóreos y simpáticos que se desprenden de las moléculas de ese poderoso caballero don Dinero, frenólogo y magnetizador por excelencia.

—La doncella, prosiguió el poeta, me aseguró que su ama le habia dicho que antes de una semana volveria yo á implorar misericordia; pero que esta vez habia de pagar cara mi osadía.

Semejante presuncion, á que daba margen mis debilidades anteriores, acabó de irritarme, y para no caer en la tentacion de confirmar su pronóstico, resolví salir cuanto antes de Madrid, y realizar el viage que habia ido aplazando por ella, solo por ella.

Al otro dia me fui á ver á uno de mis mejores amigos, leal amigo así en la próspera como en la adversa fortuna, y sabiendo que pensaba salir á tomar baños, le propuse que fuésemos juntos. Aceptó, nos convenimos en el punto, y esa misma tarde pásamos por las peninsulares y nos proporcionamos billetes.

Esta circunstancia dispuso en parte mi mal humor, porque mi amigo es el mejor compañero de viage que se puede desear. No le nombro, porque no le importunen vds. con preguntas indiscretas, pero si les diré que es un jóven lleno de saber, de talento, de ingenio, y que con tanto acierto escribe un artículo de política como otro de critica literaria; habla con tanta facilidad en una cátedra, como mantiene él solo contra ocho ó diez una viva y animada polémica, y lo mismo se eleva á las mas altas cuestiones, como desciende en una conversacion familiar al exámen de los hechos de la vida comun, y los analiza, los colorea é ilumina con las ricas tintas de su imaginacion meridional, con las sales de su ingenio mordaz é incisivo y el calor y la impetuosa energia de su palabra fácil, vehemente y arrolladora...

Artrastrado el buen Carlos del afecto que profesaba á su amigo, no reparó que al hacer su elogio le ponía en evidencia y casi nos declaraba quien era. No faltó quien se lo advirtiese, y él dando otro giro á su discurso, prosiguió de esta manera:

III.

Dos dias despues, un lunes creo, á las seis de la tarde nos encontráramos mi amigo y yo, cerca de una

diligencia parada en la calle de Alcalá. La diligencia iba á Andalucía y nosotros á los baños de Carratraca.

Faltaban pocos minutos para la marcha, y todavia no habian llegado, ó habian llegado y no querian presentarse, los demas viajeros.

Mi compañero y yo hablábamos entre tanto con una respetable cohorte de amigos, la mayor parte escritores, que habian tenido la galanteria de venir á despedirnos.

Por fin un ciudadano de la empresa salió con la lista en la mano y empezó á llamar á cada uno por su nombre. Nosotros teniamos los números 4 y 2.

Yo entré el primero y me arrojé con ira en mi asiento: al alejarme de Madrid no sé porque me asaltaba un pesar reconcentrado y profundo. ¿Mi amor propio herido, una ilusion mas perdida, ó acaso el deseo involuntario de volver á reconciliarme con la ingrata que tan mal habia correspondido á mi cariño, serian la causa de aquel repentino disgusto que yo mismo no alcanzaba á definir?...

No lo sé... el corazon del hombre, es un arcano impenetrable; yo nunca he podido darme cuenta de mis impresiones. Frecuentemente gozo ó sufro sin saber á punto fijo la verdadera causa de mi tristeza ó de mi alegría. Siempre al motivo aparente se unen otros mil secretos, que sacuden y hacen vibrar de una manera estraña todas las fibras de mi pecho. Mi vida es un Album en el que casi todas las hojas están ya escritas. He vivido, he gozado, he sufrido mucho en poco tiempo; y todo lo que me acontece es una repeticion penosa y agradable de lo que ya me ha pasado. Por eso sufro doblemente en el infortunio y gozo doblemente en lo felicidad. Al dolor ó ventura presente, se une el recuerdo de los pasados dolores y venturas; y los recuerdos son la piedra de toque, el mejor barómetro para apreciar el bien ó el mal que nos envia el destino.

—En efecto, dije yo, si la desgracia y la felicidad absoluta no existen, y únicamente nuestra manera de considerar las cosas es la que nos hace felices ó desgraciados, cuantos mas puntos tengamos de comparacion tanto mas dichosos ó infelices seremos.

Esta teoria fué vivamente combatida por los demás; Carlos únicamente se adhirió á ella pareciéndole la expresion mas exacta de su pensamiento.

—Detrás de mí, continuó el poeta, subieron mi amigo, un jóven artista, que luego supimos era pintor, dos señoras y otra muger jóven y hermosa: pero yo estaba tan preocupado en mis ideas, que ni siquiera las miré y cometí la groseria de no levantarme y ofrecer mi asiento á la última, que preguntaba muy conmovida con una voz suave y dulcisima:

—¿Dónde me siento yo?

Un niño de cuatro ó cinco años, de rubia cabellera y hermoso como un ángel, acompañaba á esta muger cuyos claros y bellisimos ojos estaban á la sazón cubiertos de lágrimas.

El ciudadano de la lista dió la señal de partir, y el carruaje arrancó como una exhalacion. Entonces levanté la vista y nuestras miradas se encontraron. Noté que mi hermosa desconocida se enjugaba las lágrimas, y que para ocultar su turbacion imprimia un dulce beso en la tranquila frente de su hijo.

Hay en la fisonomia de las personas que sufren ciertos rasgos especiales, cierta expresion característica y quizá antipática para los dichosos ó indiferentes, pero que establece entre los que se encuentran en el mismo caso, una especie de afinidad ó parentesco, una simpatia muda é instantánea que precede á la reflexion y que no necesita de las palabras para revelarse.

El aire distinguido de aquella muger; el sello de melancolia y resignacion impreso en su semblante, marcado prematuramente por la férrea mano del dolor; su tez descolorida, pero tersa y delicada hasta el punto de verse circular la sangre al través de sus venas azules y transparentes; la expresion dulcisima, candorosa, angelical de sus grandes ojos pardos, que parecian mayores ceñidos bajo el párpado por una semi-aureola encarnada; la tristeza con que volvia frecuentemente la vista hácia Madrid á medida que nos alejábamos y la ternura con que hablaba y acariciaba á su precioso niño... me llamaron fuertemente la atencion, me predispusieron á favor suyo, y sin conocerla me obligaron á simpatizar con sus infortunios verdaderos ó supuestos.

Indudablemente era desgraciada... y yo, engañado por el traje de rigoroso luto que vestia y por una frase suya que interpreté mal, supuse que habia perdido á su esposo y que se encontraba viuda.

Me puse á observarla con cuidado, y ella al notar lo inclinó la cabeza y habló al niño que estaba ya medio dormido: esta operacion se repitió varias veces hasta que una de las dos señoras veteranas (la menos insoportable) entabló conversacion con ella y me dió pie para dirigirla la palabra.

Virginia (tal era el nombre de la incógnita) nos contestó con esa amabilidad, con esa benevolencia y diplomacia de buen tono que revelan al punto la educacion y la clase de la persona. Nosotros queriamos saber quién era, cómo se llamaba, cuál era el objeto de su viage, á dónde se dirigia, y supo responder á nuestras indiscretas preguntas, dejándonos en las mismas dudas y curiosidad que antes.

El empeño en ocultarnos su estado, su reserva y la manera vaga y ambigua de espesarse, hija no de torpeza, sino del deseo de castigar nuestra impertinencia, como supe luego, acabaron de confirmar mis sospechas, y me ratifiqué en el concepto de que era viuda y acababa de perder á su marido.

La confianza se establece pronto entre los viajeros, mucho mas si hay motivos para hablar con gusto, como sucede siempre que nos encontramos delante de personas á quienes deseáramos agradar.

La conversacion se fué animando por grados y todos tomaron en ella parte. Empezamos por el camino de hierro de Aranjuez, y acabamos por ocuparnos de literatura, de ciencias y artes (profanas), improvisando mi amigo y yo articulos que no se desdenaria de reproducir Mellado en su ENCICLOPEDIA MODERNA. Virginia hablaba poco; pero con oportunidad, con talento y de una manera que hacia honor á su inteligencia y á su corazon. Se conocia sin trabajo que habia recibido una educacion esmerada, y que su alma sensible é impresionable se habia templado en la fragua del infortunio. Yo, solo por tener el gusto de oirla, sostenia lo contrario y emitia las opiniones mas estravagantes; ella formulaba las suyas en breves palabras, y sin manifestar grande empeño en convencerme, me demostraba mi supuesto error: si yo insistia, una sonrisa de incredulidad asomaba á sus rosados labios, y se vengaba de mi terquedad con un silencio indiferente ó con una delicada ironia. El aire de candor y bondad que acompañaba á sus palabras no me hizo caer al principio en la malicia y segunda intencion que envolvian. Virginia poseia el difícil arte de tener gracia é ingenio sin pretenderlo y de hacer creer lo contrario de lo que decia. En mas de una ocasion me quedé sorprendido y sin saber qué contestar ante la verdad, la fuerza de lógica y la exactitud de sus observaciones.

Por el camino me constituí en su atento y humilde servidor, y la prodigué todas aquellas atenciones que en los viages autoriza la buena educacion y una dosis no pequeña de querer congraciarse con la persona objeto de nuestros desvelos.

Pero con gran pesar mio, ella, dándome las gracias, no aceptó de mis continuas ofertas nada mas que lo que estrictamente hubiera aceptado una persona en extremo delicada. Fué tan cruel que ni siquiera quiso darme el favor mas insignificante.

Con todo, en sus miradas, en su acento, en la deferencia con que me respondia siempre que la interrogaba, y en el placer con que parecia oirme hasta cuando hablaba con los demas, creí notar que mis atenciones no la eran indiferentes. ¡Lisongero error, ilusion pueril que la realidad debia desvanecer muy pronto!

Calló el poeta, y una nube de tristeza se difundió al punto por su varonil y espresiva fisonomia. El despecho y un sentimiento que así participaba del enojo como de la ternura, se pintaban en la contraccion de sus negras y pobladas cejas, y en la mirada fria y sarcástica que paseó á su alrededor, como dudando si debia ó no continuar. El pobre Carlos, dotado de una imaginacion de fuego y de una rara sensibilidad, padecia tanto al evocar sus recuerdos como si se encontrase en la época de que hablaba. Los verdaderos poetas, hombres y mugeres en quienes predomina el sentimiento, es decir, el corazon y no la cabeza, siempre por ese fatal privilegio se han distinguido de los seres vulgares, que para sufrir ó gozar necesitan del auxilio de los sentidos y de las impresiones del momento.

Empero nosotros suspensos de su narracion, que en efecto habia llegado á interesarnos, puesto que hacia largo rato no interrumpiamos al orador con ninguna de nuestras bromas habituales, le manifestamos deseos de saber el desenlace de su aventura.

Carlos, que estaba con la cabeza baja, la barba apoyada en las manos, puestas en el respaldo de la silla, levantó la frente con viveza, y soltando una carcajada que estaba muy lejos de ser espontánea, exclamó:

—¡Preocuparse por una tontería como esa!... ¡mugerest!... ¡Bah!... teneis razon, amigos míos, necio y mas necio es el que se enamora sinceramente de alguna de ellas. Todas están cortadas por la misma tijera.

Hubo una breve pausa, luego añadió Carlos:

—Me he puesto triste involuntariamente recordando el triste papel que hice entonces. Vosotros mismos, tan burlones y satíricos, habeis perdido vuestra habitual jovialidad... ¿Qué es esto? ¡Ea! voy á presentaros por via de compensacion una de las fases cómicas del viage, y si no os reis será porque me falte gracia para contarla, no por que ella carezca de chiste y originalidad.

—¡En avant, en avant!
¡Qu' on se rallie!
¡Qu' on se rallie!...

repetimos todos á la vez, aproximando mas nuestras sillas á la de Carlos, y este volvió á tomar así el hilo de su interrumpido discurso.

(Se concluirá.)

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

DE MADRID A SEVILLA.

EL ALCAZAR.—LOS PASEOS.—LOS TEATROS.

Sevilla.....

A la señorita doña.....

Bastante podia estenderme, querida amiga, para satisfacer su amable exigencia: pero debo confesarla que he succumbido á la indolente influencia de este sol del

Mediodia que tanto estimula al *dolce far niente* que me lisonjea. Mas no me creo por esto relevado de escribirla cuando en ello tengo tanto gusto.

Voy á hablarla del alcázar, de los paseos y de los teatros, asunto que merecia una carta cada uno.

El alcázar de Sevilla, situado en la linda plaza del Triunfo, es uno de los mas dignos edificios de esta hermosa poblacion. No haré aqui su descripcion artistica; hay muchas ya; pero si diré que es el recuerdo mas poético que de su grandeza legaron los árabes á Sevilla, debiendo su fundacion al poético árabe Abdalasis, que casó con la reina Egilona, viuda de don Rodrigo. Mansion de reyes desde San Fernando hasta el padre de nuestra reina, casi todos han dejado en él un nuevo recuerdo de su permanencia; pero sin desviarse del primitivo orden. Solo en los pasados años hubo un gobernador criminal, ó estúpido, que blanqueó los preciosos arabescos de mil colores de algunas salas, lo cual vale á su estrangero autor los anatemas de todos los viajeros, y en especial de las viageras, que no se cansan de admirar los bordados y filigranas que tienen las paredes y los techos.

Al hallarse uno en el salon de embajadores ó de la media naranja, se cree estar en una de aquellas ideales estancias que nos pinta Hoffman; porque no otra cosa parece aquel cuadro de doce varas por lado, con sus paredes cubiertas de azulejos y labores de estuco, cuyos colores son tan brillantes como permanentes, y que mezclados con el oro hacen resaltar admirablemente lo inesplorable de su mérito. Hay dos columnas de hermoso jaspe, y descansan sobre ellas tres arcos cuyas labores y calados solo pueden compararse con el mas fino bordado en engage. Y si todo esto es admirable, es sin igual la grandiosa media naranja que sirve de techo, y arranca de las paredes por entre una cenefa de arabescos y medallones con los retratos de los reyes y reinas de España desde Chindasvinto hasta Felipe III.

Contiguos á este salon hay otros, notables, unos por su mérito artistico, y por sus recuerdos históricos, otros.

Pero donde mas hubiera vd. gozado, amiga mia, es en los jardines. Llámase al primero de las Damas, y en verdad que está bien bautizado, porque parece hecho por ellas y para ellas. Lleno de originalidad y de encanto, no carece de belleza ni de flores. Sus paredes están cubiertas desde el suelo de naranjos y limoneros, resaltando entre el verde follage los dorados y rojos frutos que parecen eternos, porque unos á otros se reemplazan; los cuadros de flores son tan variados como abundantes ellas, y están cercados todos de mesas de boj, que sino son tan grandes como las del Escorial, son tan verdes y tan frondosas.

De este jardin se pasa al baño de doña Maria de Padilla, mas notable por los recuerdos que trae á nuestra imaginacion que por lo que es en sí. Es una cueva oscura que lo mismo servia para baño que para calabozo, y que de ambos sirvió á la que les da nombre. El baño, que siempre ha sido y es una de las habitaciones mas espléndidas de los palacios, se presenta aqui como una de las menos dignas, no solo del alcázar, sino aun de cualquiera de los edificios particulares de Sevilla.

Sali pues de este punto con marcado disgusto, que bien pronto desapareció al entrar en el jardin grande con sus rectas calles formadas con boj y arrayanes, distinguiéndose en los cuadros que forman los paseos, armas reales y variados caprichos é inscripciones de arrayan, y en algunos trechos hermosas fuentes figurando riscos, que si no son tan bellas como algunas del jardin del Leon, adornan aquel terreno cubierto de naranjos, jazmines, y preciosos arbustos.

Ademas del ya citado jardin del Leon y del Laberinto, hay otros varios que en nada desmerecen de los anteriores, reuniendo la circunstancia de que son jardines en todo tiempo, pues no hay para ellos invierno sin flores ni verano sin verdor. Sucédense unas á otras, y si alguna idea se puede concebir del Eden de nuestros pecadores, padres de aquella constante primavera, se concibe aqui donde va hay en noviembre lilas, rosas de olor y otras bellas flores que solo tenemos ahí en la primavera.

¿Qué mucho, mi buena amiga, que nuestros papás pecáran, si yo, sin serlo, no podia quitar de mi mente la tentacion de alargar la mano y coger una de las infinitas y hermosas naranjas que tengo que ir separando para poder andar? Confieso que si no me hubiera acompañado el guarda á quien pedí y me concedió amablemente una naranja incitadora, hubiera pasado mal rato teniéndome que contentar con admirarlas. No las hubiera tocado por decoro, y por conciencia; pero á no haber habitantes en el alcázar y en Sevilla, peco como Adán, que lo hizo sin duda por estar solo con su esposa.

Contento con el recuerdo que llevé á vd., dejé los jardines y el alcázar, verdadera mansion de delicias en la cual invertí insensiblemente toda una mañana.

Los paseos son otras de las notabilidades que encierra esta ciudad, y lo son mas por la situacion que ocupan, que por el esmero que en ellos se tiene. Las delicias, el Salon de Cristina, y la Alameda Vieja, son los mejores que tiene Sevilla. El último, solo es concurrido la verbena de San Juan, aquella de la cual dice nuestro galante dramático Lope de Vega, que.....

.....en Sevilla
es alegre á maravilla.
¿Qué es ver el precioso alardo

que hace de si placentera ostentando su finura tanta divina hermosura del Betis en la ribera?
¿Qué es ver en el claro rio tantas barcas enramadas de todos entapizadas formando un bosque sombrío,
¿Y en ellas alegremente bailar todos muy contentos al son de los instrumentos que acompañan la corriente?....

Pero si así se celebraba en su tiempo la velada de San Juan, hoy ha decaído notablemente; pues se reduce á pasear en la Alameda, á algunas músicas y bailes, y á estar las muchachas en las rejas teniendo derecho para llamar á todos los jóvenes que pasen y pedirles dulces, que no pueden negar; por lo cual tienen que salir aquella noche los amantes, y los que no lo son, cargados de dulces para darlos á quien quiera que se los pida desde la reja, compensándole su dádiva con un rato de amante conversacion, que alli se llama *pelar la pava*. En esta noche ejercen las sevillanas su coqueteria en toda su plenitud y con debida autorizacion; ¿qué tal, eh? Se me figura estar oyendo á vd. decir: ¡qué lástima no pasar la velada de San Juan en Sevilla, y en un cuarto bajo de la calle del Amor de Dios!

Pero volviendo á los paseos, si abandonado está casi todo el año el de la Alameda, lo está tambien por la gente *comme il faut* el lindo de Cristina en el que han cometido la torpeza de embaldosar de piedra berroqueña el suelo: insulto atroz á los diminutos y delicados piees de las sevillanas, que han huido con razon de aque profanado paseo, y se han guarecido en un extremo de las Delicias.

Lo son verdaderamente, amiga mia, este paseo, pensil de flores y bosque de naranjos, y si bien no es lo mas frecuentado donde mas flores hay y mas lozana vegetacion se goza, sin embargo en el sitio concurrido de la vista de una inmensa huerta de naranjos y del jardin de San Telmo por un lado, y del poético Guadalquivir y la opuesta orilla por el otro. Servir pueden las aguas del rio de espejo de plata á las hermosas del paseo, que hallan aromas en la nevada flor del azahar, y recreo en el continuado canto de los ruiseñores que nunca abandonan alli sus nidios.

Pero, ¿de qué sirve tanta belleza cuando no se ven alli las que mas adornan los paseos? Solo en dias festivos están aquellos concurridos, solo en tales dias se conoce que está uno en la tercera poblacion de España, se ven algunas elegantes berlinas con tiros de colleras y el cocher con sombrero calañés, lo cual será muy andaluz, pero de muy mal tono; pues si de criticar seria presentarse cierta clase de personas paseando á pie con calañé, chaquetilla y faja, de criticar es tambien ir en un carruaje de colleras con sombrero las señoras y con frac y ajustado guante los caballeros, y de macarenar el auriga, lo cual forma un contraste de poco envidiable efecto. Soy apasionado del traje de majó; pero creo debe usarlo oportunamente quien no tiene necesidad de vestirle.

Hay en el paseo la costumbre de pararse los carruages, y permaneciendo en ellos los que los ocupan, se quedan contemplando á los pedestres paseantes haciendo los carruages el uso que las sillas del Prado.

Los teatros, barómetro de la cultura en los pueblos, representan dignamente la de Sevilla. En la actualidad hay cinco teatros: el de San Fernando, el Principal, el Anfiteatro, el de Hércules en la plaza de la Feria, y el del Guadalquivir en Triana. Los mas notables son el primero y el segundo; el de San Fernando, capaz de tres mil personas, y el Principal, de mil doscientos cincuenta. Sin que sea un excelente y elegante coliseo, aquel es digno de una gran capital y aun de la córte, donde le renovaríamos los adornos que no son del mejor gusto, y es mejora fácil y no costosa.

Los palcos de platea, sobre todo, están perfectamente comprendidos, y son los preferentes de las hermosas sevillanas que se ven en los entreactos rodeadas de los jóvenes á quienes separa una varandilla; y nosotros, sin necesidad de tener que estar entrando y saliendo en el palco, podemos disfrutar de amables y graciosas conversaciones.

En cuanto á las compañías de ópera y declamacion que aqui tenemos nada digo á vd.; es cosa de actualidad y pasa pronto: solo si la manifestaré que los últimos teatros de las glorias artisticas de la Rossy Caccia, son el de San Fernando y el Principal de Cádiz, donde se despedirá de la escena y se retirará de ella.

En resumen, querida amiga, vd. echaria aqui de menos sin duda, el elegante Salon del Prado, el pintoresco Retiro, y el poético paseo de Isabel II, aquel con su cortesana grandiosidad, el Buen Retiro con sus magníficos estanques, su florido parterre, sus bosques, sus calles y estátuas, el panorama con que nos brindan sus sitios prominentes, y el último con su rústica poesia, sus novelescos cenadores, y los mil caprichos que forman de consuno la naturaleza y el arte.

SAN TELMO Y SS. AA.—EDIFICIOS PUBLICOS.—CALLES HISTORICAS.

A don....

Mucho me exijes; pero debo complacerte, aunque habré de ser lacónico, porque hay muchos puntos que tocar.

Sevilla está hoy hecha una semi-corte, gracias á la permanencia en ella de SS. AA. Ya te di cuenta de la audiencia particular en que me recibieron, de la amabilidad de su trato y de los profundos conocimientos que revelan en Montpensier la popular y esmerada educación que ha recibido; y hoy te participo lo dignamente que se han celebrado el 49 los días de S. M. con un lucido besamanos, que si bien nada tenía que desear en cuanto á nuestro sexo, no sucedía lo mismo respecto al bello del que solo asistieron cinco ó seis señoras, sin que pueda darte una esplicacion satisfactoria de tan notable falta.

El palacio que SS. AA. habitan, es el colegio de San Telmo, completamente transformado y tan embellecido, que si regios son los salones hasta el día concluidos, son encantadores el jardín y la huerta que, con una elegante cerca de hierro, se hallan en el mismo palacio ocupando una dilatada estension. La situación de San Telmo á la margen izquierda del Guadalquivir, teniendo á su frente el paseo de Cristina, á un lado el de las Delicias á la orilla del río, á su espalda el jardín, y otros nuevos á su lado derecho, no puede ser mas encantadora. Bosques de naranjos y de flores le rodean por todas partes y embalsaman su ambiente; y los trinos de mil aveciillas completan aquel eden sevillano.

Tocando casi con San Telmo está la grandiosa fábrica de cigarros, notable edificio de orden dórico mandado construir por Felipe V, y terminado en tiempo de Fernando VI, año de 1757. En esta fábrica suelen trabajar sobre cuatro mil seiscientas personas, consumiéndose mas de tres millones de libras de tabaco.

Es digno este establecimiento de ser visitado y se invierten en él algunas horas agradables.

Saliendo de esta fábrica, se sube la recta y ancha calle de San Fernando, hácia la nueva y elegante puerta de Jerez; y por la plaza de la Contratacion se llega á la plaza del Triunfo con su trofeo religioso, sus cómodos asientos de piedra, y sus bellos naranjos.

En pocas partes, amigo, le rodea á uno la magnífica grandiosidad que en esta plaza: cercanla los tres mas notables edificios: la Catedral, la Casa-Lonja y el Alcazar: la primera, presentando sus musgosas paredes y sus enhiestadas pirámides arabescas: la segunda, luciendo la magestuosa sencillez de la arquitectura de Herrera; y el tercero, ostentando en sus almenadas paredes la antigua posesion de sus guerreros fundadores.

Entré en la Lonja, y al ver su hermosa galeria de veinte y cinco bóvedas, su patio de sesenta y dos pies cuadrados, su arquitectura, su totalidad, en fin, me creí en el célebre edificio del Escorial. La misma severidad y buen gusto en el estilo, la misma correccion y pureza: en ambas obras se ve y se admira á Herrera; y por cierto que se pasa agradable rato admirando el archivo colombiano.

La bondad del señor archivero y de un jóven oficial tan erudito como amable, y cuyo nombre siento no recordar en este momento, me proporcionó un envidiable rato enseñándome curiosos é importantes documentos de Colon, de Cortés, Pizarro y otros tan célebres marinos como militares, honra y prez de nuestra patria.

Las galerías donde existen todos los papeles de Indias no pueden ser mas grandiosas: aquello es un verdadero archivo, demasiado bueno quizá; pero todo lo merece la importancia de lo que encierra.

Hay en Sevilla otros edificios mas ó menos notables, como son las casas consistoriales, la de Pilatos, la audiencia, palacio arzobispal, Atarazanas, casa de moneda, aduana, etc.; pero como no es mi propósito hacer descripciones artisticas, nada tengo que decirte de ellos, salvando el hospital militar, llamado vulgarmente de la sangre, que merece ser visitado por lo notable del edificio y de su iglesia, y por el buen orden y aseó que en él se halla, sin que por esto desmerecan en esta parte los demas hospitales; pues en España se llevan todos poca diferencia en cuanto á su limpieza y buen arreglo, ora estén encomendados á las hermanas de la Caridad, ora á otras corporaciones que como la de San Juan de Dios en Madrid, pueden presentarse como modelo.

Si tantos y tan notables edificios públicos dan á Sevilla un carácter especial de grandeza, lo tiene aun mas en sus célebres recuerdos históricos, revelados continuamente, ya en el nombre de muchas calles, ya en señales evidentes, como el busto de don Pedro, llamado buena ó malamente el Cruel, que está en una esquina de la calle de la Cabeza de su nombre.

Por esto aconsejaré á todos los que visiten por primera vez este glorioso monumento histórico, que recorran todas las calles, se pierdan en su estrecho laberinto, y sin cuidarse de la salida, recuerden el *Sancho Ortiz de las Roelas* en la calle de este nombre y de *Bustos Tavera*, traigan á su imaginacion los armoniosos versos de *Zorrilla* en la calle del *Candileja*, y tendrán poéticos é inolvidables recuerdos en las calles de *Mañara* y de *doña Maria Coronel*, en las de *García-Pérez* y *Perafán de Ribera*, en las de *Juan de Burgos* y de *Guzmán el Bueno*, y en la recta y hermosa de *Itálica*.

Teatro Sevilla de tantas glorias necesitaba este peregrino recuerdo; y en verdad, amigo mio, que algunas de estas calles parecen conservar su primitivo carácter y estilo. Estrechas y tortuosas como antes, si las pasas de noche, verás en algunas ventanas una hermosa, y á la parte de afuera su enamorado galán. No son hoy muy frecuentes las cuchilladas de los caballeros amantes que nos pujan Calderon y Lope, pero se cobra el piso, especie de contribucion que paga el

que tiene amores fuera de su barrio, de la que no puede eximirse sin pelear con los cobradores. Esto tiene tambien su parte de poesia.

Sevilla.....

A. PIRALA.

ARTISTAS CÉLEBRES.

BERVIC.

El verdadero nombre del artista de que vamos á ocuparnos brevemente no era Bervic, sino Balvay. Como pertenecía á una familia conocida honrosamente en la magistratura, por una preocupacion bastante propagada en aquella época, creyó de su deber no firmar con el nombre de su familia los grabados, que hacen que su nombre no haya caído hoy en un completo olvido.

Juan Guillermo Balvay, llamado Bervic, nació en París el 23 de mayo de 1756. Desde muy jóven se despertó en su alma una decidida vocacion por las bellas artes, y á pesar de las instancias de su padre, renunció entrar en la magistratura para dedicarse exclusivamente al estudio del grabado y del dibujo. Su primer maestro fué el célebre Leprince, á cuya casa iba á trabajar furtivamente y á despecho de su familia.

Durante la revolucion Bervic se mantuvo indiferente y trabajó en silencio grabando la *Educacion de Aquiles* y otras obras maestras de los primeros pintores de Europa. Estas planchas no aparecieron hasta principios del siglo XIX, y le valieron á su autor un premio concedido por el emperador Napoleon.

No obstante Bervic trabajaba con ardor, y se propuso reproducir el *Testamento de Ludavidas* de Pusino, cuando comenzó á debilitarse su vista, fuele preciso á su pesar renunciar á terminar esta plancha y confiarla á Mr. Paolo Toschi, su mejor discípulo.

Desde entonces la vida de Bervic no fué mas que un prolongado sufrimiento, pues nada es tan doloroso para un artista como sobrevivir á su talento y encontrarse reducido á la inaccion.

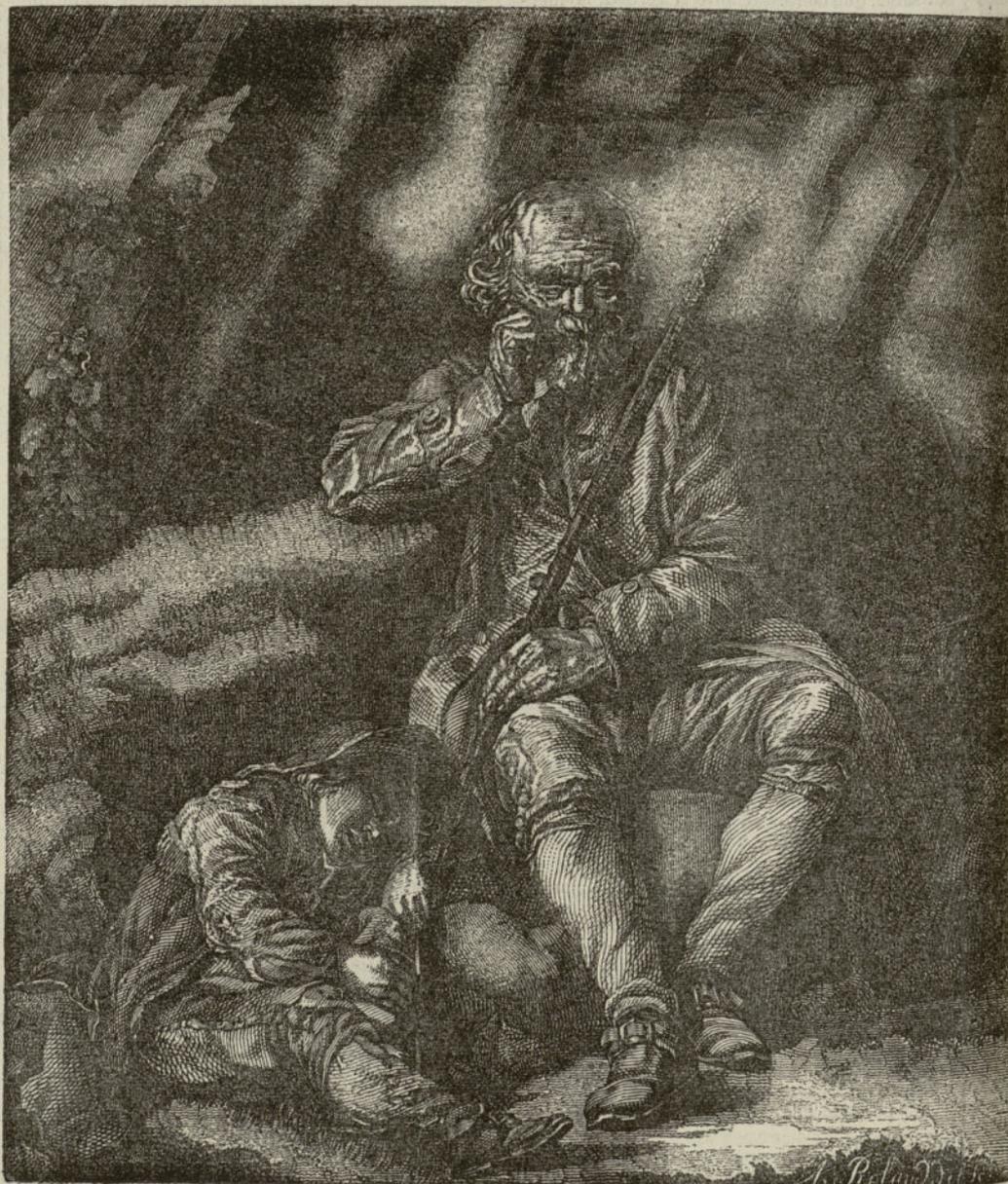
Bervic murió el 23 de mayo de 1822.

NUEVA PUBLICACION.



Con el título de **EL TABACO HABANO** acaba de ver la luz pública un curioso tomito, que llamará sin duda la atencion de los curiosos y de los hombres entendidos en el aumento de nuestras rentas.

En efecto, su autor, que á su carácter de gefe que ha



El descanso.

Vencido al fin por la perseverancia de Guillermo, no se opuso ya en adelante su padre á que se consagrara á este arte, y le colocó en casa de Jorge Wille, cuya manera de trabajar convenian al discípulo mas que la de Leprince, pues éste era ya viejo, y su método bastante tímido. Jorge Wille al contrario sobresalía por la energía de su buril, y se conocia en él una tendencia en regenerar el grabado. Bervic comprendió el pensamiento de su nuevo maestro, se asoció á sus nobles proyectos y no tardó en colocarse á su lado al publicar el grabado del *Descanso*, tomado de Lepicié.

Este grabado que apareció en 1783 obtuvo un éxito singular, y fue seguido de otros de no menor mérito. Al año siguiente fué Bervic admitido entre los miembros de la real Academia de pintura, y grabó para su recepcion el retrato del director general, Mr. Angeriller; pero un retrato de Luis XVI vino á enaltecer la reputacion de Bervic en 1790.

sido de estas en la península, reúne el de viagero por nuestras Antillas, ha reunido bajo un volumen cuanto puede decirse sobre el tabaco en general, y el uso de fumarlo histórica y filosóficamente considerado; cuanto puede agregarse sobre el *tabaco habano* en particular, ya se atiende á la cualidad de las tierras que lo producen tan afamado como planta, ya á la sociedad y el comercio que lo multiplican como fruto de esportacion é importacion, ó al mejor sistema económico que podria aplicársele como renta pública.

Pero dejamos á la opinion y á la prensa su calificacion y juicio.

Se vende este tomito á 42 rs. vn. en Madrid; 14 en provincia, 46 en el extranjero, y 20 en ultramar.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.